

CENTELLA



COLECCIÓN LITERATURA
Serie Novela • Julieta Campos

José Manuel Pintado de Wit

CENTELLA

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA





**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020

Primera edición: 2020

© 2020, José Manuel Pintado de Wit

D. R. © 2019, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8735-14-3

Impreso en México - *Printed in Mexico*



El canto de los dones

En el amanecer fantasmal de un mundo suburbano me despierta una grabadora con «Las mañanitas» cantadas por Pedro Infante. La música es una presencia casi irreal en este país en guerra: tiene la consistencia de un sueño que no he terminado de soñar desde hace un buen rato. El frío que puebla la profusa obscuridad justo antes del presentimiento de la luz no hace más que reforzar la nebulosa sensación que nace desde la música.

Me desperezo, me trato de desprender del frío y empiezo a arreglar el equipo y mi mochila con mi flamante credencial de corresponsal internacional a nombre de Lorenzo Centella, junto con la carta firmada por el mismísimo general Epifanio Noriega, ministro de Defensa y virtual dictador de Lídice, para que el ejército me facilite el desempeño de mi trabajo. Leo de nuevo el recado de Edmundo que me pide con urgencia mi traslado a Corinto, un poblado de nombre clásico cercano a la capital de este país en pie de lucha contra la oligarquía y contra su principal cómplice imperialista. Hasta aquí me han traído mis andanzas desde que me contrató Derek Jung, conocido periodista alemán, para hacer las veces de corresponsal internacional mientras él ocupa un puesto como directivo de la AIP, Asociación Internacional de Prensa, lo que me ha dado la increíble oportunidad de andar reportando a mi aire mientras dure la misión de Derek. Hoy me toca responder a un enigmático mensaje de un amigo guerrillero, y mientras me cuelgo mi credencial de periodista pienso, como todas las últimas mañanas en este país: ¿Qué carajos ando haciendo en estos rumbos? ¿Cómo fue que llegué a enredarme tanto en esta historia periodística?

Salgo del caserío que me ha servido de guarida nocturna y abordo la Calandria, la camioneta japonesa que seque todoterreno, que tose con ronquera y arritmia. Después de algunos largos, pocos minutos, logra arrancar a pesar del frío que moja los huesos.

El trayecto sienta bien a la resaca, que lentamente empieza a borrar los ecos de anoche: las fichas de dominó golpeando las tablas de la mesa entre el ejército de cervezas que fuimos consumiendo mi cuate el periodista Luis Albarrán, el encargado de negocios de la embajada, un seguro servidor y el Oscurito, un menudo agente de seguridad que no había visto en viajes anteriores, y que no dejó de intentar meterme miedo toda la sesión.

—A ver si mañana no te agarra el ataque, que va a estar bien tupido —me decía cada vez que le ahorcaba una mula.

Ha pasado una hora desde que salí hacia Corinto. Junto a la gasolinera logro empacar un almuerzo improvisado con un plato de frijoles, acompañado por si las dudas por una cerbatana (como se le conoce a la cerveza en estos lares) para balancear el metabolismo según cánones naturistas y dos tazas de café, antes de ser detenido en un retén del ejército.

Después del riguroso y exhaustivo examen del equipo y las identificaciones que se ha vuelto la rutina cotidiana del retén, empiezo a recorrer el camino apenas trazado en la terracería llevando la advertencia del sargento, luego de mostrarle el salvoconducto firmado por el mismo general Epifanio Noriega, de que entro a la zona bajo mi propio riesgo y de que debo salir antes de la tarde porque el bombardeo será ya inminente para entonces.

En el trayecto a Corinto recuerdas tu primer día en Lídice, en el que no tardas mucho en descubrir que el bar Zanzíbar del hotel Camino Real es uno de los centros clave de este nuevo mundo que apenas estás por conocer. Ahí confluyen los personajes más disímiles de cuanta historia existe para conspirar lo conspirable, bajo la potestad de los daiquirís especiales de Sergei, estonio de origen, aventurero de corazón y coctelero de altos vuelos.

Entre la mueblería de ratán y el ambiente húmedo del bar se abren camino a duras penas las conversaciones en susurros. Todo adquiere de repente el ambiente de una navegación terrestre.

Todos hablan a medio tono con fingida despreocupación.

El único que se mueve con natural soltura es Sergei: alma de negro en sólida estructura ucraniana.

Un curioso letrero se asoma sobre la barra de Sergei:

LA VIDA ES LA ÚNICA CERTEZA IMPOSIBLE

Sergei te sirve un martini especial y mientras sientes su efecto te acostumbras al ritmo lento y pesado del bar y de su oleaje, desde el que tendrás que cultivar el agudo sentido de observación nocturna para la flotación periodística.

Sacas de tu mochila el viejo cuaderno donde el poeta que te trajo a este país no dejaba de anotar sus obsesiones. Te preguntas qué hace ahí. Lo abres en las últimas notas y tratas de descifrar los jeroglíficos. Poco a poco vas entendiendo esos signos.

EL PARAÍSO SIGUE EN PIE AUNQUE YA RESQUE- BRAJADO

El título viene seguido de un epígrafe que se escurre del cuaderno como un enigma:

Entre el derrumbamiento de este mundo solo podemos percibir con claridad los ecos futuros del caos que se aproxima y el estallido inicial del universo. A lo único que podemos aspirar entre el estruendo es a llenar un instante con un atisbo de comprensión hacia lo incomprendible.

La comprensión incomprendible me llega de golpe y porrazo entre el huizachal, cuando la tesonera Calandria se rinde esta vez (tenía

que ser esta precisamente vez) ante los accidentes del camino, no sin antes exhibir una tenaz carraspera.

Lo primero que imagino es la camioneta explotando en el páramo bajo una lluvia de fuego. A pesar del cariño que le tengo, siento la irrefrenable necesidad de alejarme de la Calandria, tras asegurarme de que su motor no responde a mi conjuro electro-mecánico, bastante limitado, por decir lo menos. Una vez más queda demostrado que mi capacitación *amateur* en estos oficios no puede competir con la tos tozuda de esa laringe, de mecánica oriental para acabarla de joder.

Empiezo a caminar hacia el poniente de una tierra de nadie, reclamada solamente por el calor y el polvo. Me llevo únicamente la cámara, una mochila con baterías y un par de cartuchos de video.

Después de eliminar dos o tres litros de sudor, me sorprende la irrupción de una *pickup* cargada de una breve multitud que marcha en mi dirección. Tras una corta negociación, el chofer accede a llevarme «si y solo si» logro acomodarme entre el pequeño tumulto que transporta la camioneta en su lomo de madera.

Acabo viajando en el estribo, sostenido por un precario mecate, con la sensación de ir esquiando hacia mi destino (que a estas alturas puede estar en cualquier parte), mientras algunos pasajeros entonan himnos bíblicos y otros aseguran que el fin del mundo está cerca (lo que no dudo ni tantito); que muy pronto entraremos al reino de la luz mientras el sol se ensaña aquí en la tierra con nosotros, ante la ausencia del viento.

Ya en las inmediaciones de Corinto alcanzo a reconocer a Edmundo Guerra, mi amigo de la prepa, entre una patrulla guerrillera. Hace una seña disimulada y al poco rato nos alcanza en el centro del poblado, adonde nos deja la bíblica *pickup*. El Edmundo, que para mi sorpresa es el comandante de la patrulla, se dirige sin titubeos hacia mí. Me observa con curiosidad, y de pronto vocifera asegurándose de ser escuchado por los campesinos que llenan la plaza a esta hora.

—¿Y qué carajos anda haciendo este desinformador por estos rumbos? Seguramente será un enviado del ejército... A ver, tus identificaciones.

Edmundo revisa mis credenciales y exhibe socarronamente el famoso salvoconducto antes de dar la orden de que me lleven como prisionero.

El cuarto del almacén adonde soy conducido con alguna violencia está todo cacarizo por los impactos de las balas, como muchos muros alledaños.

En el momento en que traspasamos la puerta de lámina cesan los empujones y la actitud de los compas cambia radicalmente. Al final del almacén, Edmundo sonrío socarronamente con un cigarro en la comisura izquierda, como lo hacía en la vieja escuela del barrio Portales.

Después de un breve y sólido abrazo, Edmundo habla con un ríspido acento que nunca le había escuchado.

—Gusto verte, señor corresponsal. Lástima que no tengamos más tiempo por ahora... Ya lo habrá para que me cuentes de tus andanzas como corresponsal internacional, digo, siempre y cuando nos dé por seguir andando vivos, que no es cosa muy fácil por acá, como ya lo has ido comprobando... En fin. Espero que no te moleste la maltratada que te vamos a poner frente al personal del pueblo, porque no sabemos quiénes andan de orejas... Nomás te dejo un par de mandaditos y te mando de vuelta ahora mismo... Disculpa la prisa, pero sabemos que viene un desembarque del ejército.

—Algo de eso me dijeron en el retén. Ahora, yo tengo un problema: me he quedado sin transporte.

—Eso ahorita mismo lo arreglamos. Bueno, perdona de nuez el acelere, pero andamos como garbanzo en silbato porque le andamos pisando los talones a los cuilios. Ya nos veremos, hermano... Ah, y del mandadito que te voy a dejar ni te preocupes. Ya sabrás a su bebido tiempo a quién se lo vas a entregar.

Otro breve y sólido abrazo, y el comandante me saca a empujones hasta la plaza. Frente a los habitantes del pueblo, los miembros de la patrulla me insultan ostensiblemente por turnos por desinformador, que a estas alturas es un deporte muy común en toda esta región. Al final llega Edmundo y asesta la última frase con la capacidad histriónica que le hizo ganar los mejores papeles en el teatro escolar.

—Aquí tienes tus rollos que te puedes meter por donde ya sabes.

Con indignación profesional mete en mi mochila una bolsa de rollos fotográficos, y siembra un video entre mis cartuchos.

—Y te me largas... ¡pero ya!

Empiezo a caminar sin saber hacia qué rumbo pensando en la notable transformación de Edmundo, de brillante estudioso de filosofía a perseguidor de cuilios, como les dicen por aquí a los soldados del gobierno, armados hasta los dientes por los gringos pero que hasta ahora no ha podido derrotar a una imaginativa fuerza guerrillera. Voy inmerso en mis cavilaciones hasta que un viejo me detiene frente al cementerio.

—Espérate un ratito, que ya a va a salir la camiona...

El viejo campesino me sonrío. Quiero adivinar en su sonrisa sesgada un asomo de complicidad. Trato de trabar conversa...

—Oiga, ¿y cómo es la vida aquí en Corinto?

—Muy buena casi todo el tiempo.

La camiona, que no es otra que la misma *pickup* que nos ha traído hasta acá, solo que ahora sin multitud ni lamentos bíblicos, se detiene frente a nosotros y el chofer nos hace la seña de que nos subamos a la caseta. El viejo sube ágilmente y se acomoda frente a mí.

—Solo se descompone un poco cuando empiezan a cantar los dones.

Se me queda viendo para que yo le pregunte:

—¿Los dones?

—Sí, hombre, don Cañón y don Mortero.

Una hora de tumbos nos lleva nuevamente hasta mi camioneta. La Calandria exhibe su desamparo en medio de la nada.

El chofer me mira casi serio.

—Bueno, compa, hasta aquí te alcanzó el veinte.

Le regreso la mirada con incredulidad mientras veo en la imaginación el inicio del bombardeo y la Calandria volando en pedazos.

—Pero es que estoy seguro de que la camioneta no va a jalar.

El viejo saca su machete.

—Ya va a ver compita cómo sí jala. No hay nada que no pueda arreglar la ingeniería lidiceña.

El viejo campesino vuelve a exhibir su agilidad cuando salta hacia un árbol de guanacaste. Sin esfuerzo aparente corta una rama larga y firme que, con la ayuda del chofer, amarran entre el eje de la camioneta y la Calandria.

—Ora sí, compita, no vas a tener de otra que seguirnos.

Cuando llegamos al retén de San Miguel, casi una hora más tarde, el sargento revisa los documentos del chofer y del viejo campesino, y me hace señas de que puedo rebasar a la vieja *pickup*.

Salida de quién sabe dónde una muchacha se acerca vendiendo naranjas. Guapita ella. Rasgos costeños. Se acerca entre los soldados que revisan documentos a todos los que se acercan al retén y me ofrece decidida un par de naranjas.

—Rápido, pásame el material que te sembró el Edmundo.

Sin pensarlo dos veces saco de la mochila la bolsa con los rollos fotográficos y el video y se la doy a la muchacha que se guarda el encarguito con rapidez, mientras me deja las naranjas. Se retira toda vendedora y autosuficiente. El sargento la mira alejarse sin disimular su antojo por ese andar de oleaje moreno. Entre su distracción me reconoce cuando le muestro mis credenciales y el salvoconducto.

—¡Anjá!, de nuevo el periodista temerario. Estás saliendo justo a tiempo; de todos modos no sale sobrando que se apure. Pásele antes del vehículo de enfrente.

—No hay tanta prisa. Prefiero seguir detrás de la camioneta, sargento.

Frente al taller donde desamarramos el eje de guanacaste, producto de la ingeniería lidiceña, empezamos a escuchar el bombardeo en dirección de Corinto mientras escucho la despedida del viejo campesino.

—No le digo, compita, ya les andaba a los dones por empezar su cancioncita...





El delantal de Julia

En la tarde del día siguiente, particularmente caluroso, la gerente de relaciones públicas del hotel Rancho Grande, Benita Galeana —mi hada protectora personal— me avisa que me esperan en el bar, adonde me topo con Luis Albarrán, el periodista más curtido en este país, que ha sobrevivido a más de una amenaza de los Escuadrones de la muerte, lo que no es babaepérico, a los altibajos de la grilla de su periódico, que tampoco es babaepérico y a las estocadas cotidianas del ron de este país, que de ninguna manera es babaepérico.

Después de divagar un poco, mientras me pone al día de las peripecias de Baldomero Victoria, un periodista que a veces llega por ahí, y del que Albarrán ha tomado como modelo del detective que será algún día el personaje protagónico de la novela que escribe en su imaginación, Albarrán se pone serio de repente y me pide que salgamos a las inmediaciones del hotel.

—Camina como si siguiéramos hablando paja del tal Baldomero... La verdad es que estoy preocupado porque el Tocayo está desaparecido. Lo que sé es que la última vez que lo vieron estaba fotografiando huevadas allá por la cárcel de la Libertad. Después, se esfumó al parecer secuestrado en un *jeep* del ejército que bien puede ser de los Escuadrones de la muerte. Su familia está bien asustada. No quiere siquiera hablar conmigo para no comprometerse y, supongo, para no comprometerme.

Miro el reloj: ya van a dar las cinco, la hora en que Radio Venceremos transmite por FM burlando todas las tardes el cerco electrónico que ha querido imponer el gobierno.

—Vamos al hotel. A ver si en la transmisión de hoy sale algo de este asunto.

Cuando entramos, el enjambre de periodistas que se reúne en el bar se empieza a retirar discretamente a sus habitaciones para sintonizar el 13.13 de frecuencia modulada.

—Transmitiendo esta vez desde el Frente oriental...

Después de las noticias de rutina de una guerra que es todo menos rutinaria, se deja oír la voz del Mara, el comandante Maravilla.

—Y asuntando otros asuntos, queremos notificarle a nuestro selecto público que una plaga de campamochas se detectó en el estanque de Punta de Hornos. Va ser necesario aplicar un buen herbicida con urgencia.

Albarrán: —Que traducido al buen cristiano podría querer decir que ha habido algún secuestro y que preocupa la suerte de la víctima, seguramente a manos del ejército.

Mara: —Esperamos que la plaga sea controlada pronto por algún experto en fumigaciones, para evitar otros brotes hacia el interior...

—¡Púchale! —dice Albarrán—, cada vez son más sofisticados estos huevones con sus claves. Creo que están montando algún operativo para rescatar al Tocayo antes de que lo dejen como coladera.

—O antes de que le saquen alguna sopa.

—No jodas. El Tocayo es capaz de cualquier cosa menos de dar información. Además, hasta donde sé, todos sus papeles están en regla y su leyenda está intacta. Incluso sigue trabajando para una agencia informativa gringa. Si solo supiéramos adónde se lo llevaron podríamos organizar una campaña internacional. Creo que vamos a tener que meternos un par de noches a buscarlo entre el chambre.

—¿El chambre?

—Ya lo irás viendo. Por lo pronto prepárate para una buena desvelada.

Nuestro azaroso recorrido empieza a las once de la noche en la Barraca, un establecimiento de tablones en un callejón frente a la Catedral, donde entre pupusas y chanchamitos los parroquianos consumen Tic-Tac, el temible guaro de caña lidiceño.

—De aquí salió el poeta antes de que lo asesinaran —me dice Albarrán mientras saluda con familiaridad al cantinero y pide un par de botellitas de Tic-Tac. Nos acomodamos en la mesa del rincón.

—Mi país es tan pequeño que no le cabe la justicia todavía —escribió el poeta en esta misma mesa alguna vez.

Algunos parroquianos saludan de lejos a Albarrán, y algunos otros nos miran sin disimular su desconfianza. Albarrán bebe su aguardiente en una especie de estado de gracia que parece una señal para que alguien, en algún momento, se nos acerque. Frente a él yo observo su transformación camaleónica que seguramente es otra de las virtudes que le han permitido mantenerse vivo hasta ahora. A punto de empezar el segundo Tic-Tac se acerca un joven avejentado y chaparrón. Sin protocolo ni miramientos se sienta en el banco que está libre y empieza a hablar casi sin voltear a vernos.

—No, pues, dicen que hay más tiempo que vida... está al revés el mundo.

Después de una larga pausa y un trago igualmente largo.

—A mí me parece que ustedes más bien quisieran conocer algunas chiquitas.

Albarrán: —¿Y cómo llegaste a esa brillante conclusión?

—Cuando un par de dos como ustedes se ven medio perdidos, es que seguramente eso es lo que necesitan, y casualmente yo conozco el lugar correcto donde pueden encontrar lo que buscan.

Albarrán: —Gracias, valedor. Será en otra ocasión. Ahorita tenemos que arreglar un par de asuntos aquí con mi socio.

—Vaya, pues, ustedes se lo pierden.

Mientras el viejoven chaparrón se aleja nuevamente sin mirarnos, Albarrán baja la voz.

—Míralo bien. Se llama Eusebio, y era importante que nos viera buscando desmadre. No es nada difícil que nos lo volvamos a topar más tarde. Ahora, vámonos con Cuco el Gitano.

Cerca de la medianoche el centro de la ciudad parece desierto. Después del calorón de todo el día una neblina incipiente y fría le

da a la ciudad un aspecto fantasmal. Los pocos transeúntes pasan rápidamente, como no queriendo ser vistos. La pobre iluminación no ayuda a distinguir gran cosa. El espacio se vuelve un mundo de sonidos aislados y ocasionales. A medida que caminamos se escuchan de repente los chirridos de un transformador que parece desbaratar la noche. A lo lejos distinguimos unos manchones de luz rojos y azulados y se escuchan unos tambores sincopados al ritmo del transformador.

—Ese es el Vacile de Mario —me dice Albarrán—, y el que toca es nada menos que Cuco el Gitano.

Entrar al Vacile de Mario es cruzar la línea de una frontera invisible entre el miedo y la fiesta. Al fondo del escenario Cuco el Gitano cabalga desde su batería sobre la síncopa de una rola acumbiada, que acompaña bailando con toda seriedad una docena de parejas repartida entre las mesas de lámina del lugar.

Nos sentamos discretamente en la mesa más cerca de la entrada, que nos permite ver todo el Vacile.

Una mesera, que es la misma imagen de la dulzura y la suavidad, nos toma la orden. Cuando nos trae las cervezas es requerida por un hombre más que maduro en la mesa de junto. Con toda pulcritud se quita el delantal, lo coloca en el respaldo de la silla donde estaba sentado su eventual acompañante y empieza a bailar un valsito tropical, sin dejar salir ninguna expresión y ninguna palabra.

A la segunda ronda de cervezas me animo a invitarla a bailar. Ella repite el ritual del delantal y nos lanzamos a bailar una versión en vallenato de una rola de José Alfredo que se escucha con mucha frecuencia por estas latitudes.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Julia —me contesta apenas abriendo los labios. Sus ojos negros y ligeramente rasgados parecen iluminar el espacio con un peculiar magnetismo. Con la suave cadencia de su baile, me lleva de pronto a otro planeta en el que a pesar de todas las miserias de la vida sigo siendo el rey.

Cuando termina la música, Julia desdobra con cuidado su delantal y se lo empieza a amarrar en la cintura, cuando irrumpen por la puerta dos tipos endemoniadamente borrachos. Albarrán se tensa, se cubre el rostro y me dice en voz apenas audible: —Aguas, que aquí llega lo más selecto de los escuadrones de la muerte.

Los tipos vociferan y se sientan amenazantes en una mesa cercana. Uno de ellos saca una pistola cañona de la cintura y la coloca ruidosamente sobre la mesa de lámina mirando hacia todos lados con la mirada extraviada, mientras su compañero se abre paso a tropezones rumbo al baño.

Julia se dirige con su dulzura angelical y la charola con la cerveza que no he probado todavía, hacia el tipo de la pistola que deja salir una sonrisa grotesca mientras la ve ir hacia él. Julia se desata el delantal con la mano izquierda mientras con la otra le ofrece la cerveza al tipo que trata de levantarse con torpeza. Con sorprendente habilidad, enreda la cabeza del tipo con el delantal mientras le da un botellazo de pronóstico reservado al matón en ciernes, que cae pesadamente.

Julia nos ve de reojo y nos dice sin perder la dulzura ni la calma.

—Más vale que me acompañen, porque no creo que les convenga estar aquí si vienen otros gorilones como estos.

Antes de salir de lleno a la fría neblina nocturna, alcanzo a ver a lo lejos a Cuco el Gitano a un lado del baño golpeando frenéticamente al otro borracho con una bataca de su batería, que a esta distancia bien podría ser también un rodillo de cocina.

—Esta es una buena muestra del chambre que te contaba —me alcanza a decir Albarrán antes de ser tragados por la obscuridad.





De la Sirena al Partenón

—Vámonos hacia la Zona Rosa —dice Albarrán a la carrera—, conozco un lugar un poco más tranquilo, donde seguro se esconden algunos cabos sueltos.

Después de un recorrido bastante errático, llegamos en la cachaca de Albarrán a las inmediaciones de la Zona Rosa, situada a espaldas de los edificios oficiales y con la pretensión esquizofrénica de ser el centro turístico de una ciudad sitiada por la guerra. Durante el trayecto, Julia acaba de doblar su delantal con el mismo cuidado con que la vi hacerlo en el Vacile. Me cae el veinte en ese momento de que es la misma muchacha que recogió el material fotográfico de Edmundo a mi regreso de Corinto. Su presencia con nosotros en este vehículo, en este momento, en esta circunstancia, parece tan absurda como milagrosa; a fin de cuentas, resulta una intrigante y hermosa presencia, que es lo mero principal.

La Sirena es un pequeño establecimiento con una buena barra de principios de siglo y una docena de mesas, todas vacías. El cantinero tiene un nombre que parece salido de los mismos mares de las sirenas, y es otro viejo conocido de Albarrán.

Santos Pescador suda compungido bajo un viejo ventilador que cuelga del techo. Nos sentamos en la barra frente a Santos, que apenas nos saluda con un gesto que parece revelar un dolor menos disimulado a cada momento.

—¿Qué te pasa? Hasta parece que se te metió una iguana en la panza, Santos.

—Brincos diera, Albarrán. Una iguana no me dolería tanto como esta úlcera, que me está reventando hasta las puras vísceras, debe ser una apendicitis de las buenas.

—¿Pues entonces para qué son los cuates? Déjame aquí a cargo del changarro que lo puedo manejar a las mil maravillas con la ayuda de Julia y de mi amigo Lorenzo, mesera y cantinero de los más profesionales, si es que los hubiera en toda esta región. Ya sabes que yo te respondo.

—¡Joepuña! ¡Qué más me gustaría! Solo que el dueño de la Sirena anda de farra por su cumpleaños y en cualquier chico rato aparece por aquí.

—Más a mi favor. Vete antes de que llegue, si te encuentra aquí seguro no te deja salir, y por la cara que se te está poniendo, hasta parece que la mengambrea está a punto de tronar.

—¿De veras, Albarrán? No me jodas en este momento de duro tránsito.

Julia se aproxima siempre como bailando hacia el cantinero y con esa voz de ingenua seducción que a mí me parece irresistible, le mete el puntillazo.

—Hágale caso a Albarrán, don Santos. ¿No ve que trata de ayudarlo? Claro, eso si confía en él, ¿o cree que es preferible colgar los tenis por un dudoso sentido del deber?

—La verdad no vale tanto la pena, señorita, pero por cualquier cosa usted se hace responsable.

—Yo y el amigo Lorenzo, que como bien dijo Albarrán es un cantinero fuera de serie.

—Debo estar loco, o de plano sentirme tan mal como me siento para dejarlos a cargo del changarro.

Con el rostro congestionado por el dolor, Santos toma apresuradamente su chompa y nos deja dueños y señores de la Sirena. En un instante paso de parroquiano a cumplir uno de mis sueños secretos: convertirme en un cantinero detrás de una barra tan profesional como en la que me encuentro. Solo falta la clientela que llega un poco más tarde con una ruidosa comparsa liderada por el mismísimo chaparro Eusebio, casi recién dejado en la Barraca y ahora fiel acompañante del dueño de la Sirena, un español atravesado

con toda la pinta de gallego, y por nombre de Manolo por si faltara poco. Lo primero que hace al encontrarme detrás de la barra, es verme con aire profusamente confundido, pero prepotente.

—Me cago en la leche... ¿desconozco acaso al cantinero, o estamos frente a otro Santos o en otro congal que no es el mío?

Estoy a punto de contestar, la verdad sin muchas ganas de ser cortés, cuando aparece en escena Albarrán que empieza a desplegar sus facultades camaleónicas como un parroquiano cualquiera aprovechándose del profundo estado etílico que se carga el español.

—Anda, Manolo, no seas tan quisquilloso, sobre todo en tu cumpleaños. Santos tuvo un apuro irrenunciable, y para no cerrar la Sirena me consta que le dejó encargado a este cantinero la atención de tu establecimiento y especialmente de tu persona, que dijo que iba a llegar en cualquier momento... De hecho, no tiene ni cinco minutos que se acaba de pasar a retirar.

El gallego voltea a ver a Albarrán entre sorprendido y con ganas de convencimiento con tal de seguir la fiesta.

—Bueno, pues así bien puede cambiar la cosa. A ver, pues, cantinero, ábrenos una buena botella de vino por cuenta de la casa.

Mientras encuentro un buen tinto del Duero, veo de reojo que el chaparro se le acerca a Albarrán, otra vez con actitud de tenebra. Esta vez Albarrán parece estar de acuerdo con el viejoven Eusebio.

Así las cosas, casi sin darnos cuenta pasaron un buen par de horas en la fiesta del Manolo, que estaba en vena de echar la casa por la ventana. Albarrán le habla de tú a los borrachos que llegaron con Manolo, a ver qué saca del chambre mientras yo me instalo en mi papel de cantinero cabal. Mientras no dejo de abrir botellas y servir cocteles logro darle su terapia por lo menos a uno de los acompañantes de la fiesta, que no para de llorar de risa (según él), pero cada vez que puede me cuenta la historia de cómo lo acaba de dejar su mujer para irse con un incierto cantante de la región de los lagos. Su remate llega inevitablemente con la letra del bolero «el que pierde a una mujer no sabe lo que gana», que canta el abandonado con resignado desentono.

Mientras tanto, Manolo intenta sin éxito alguno granjearse la confianza de Julia, que le sirve una copa tras otra con actitud de solemnidad parsimoniosa que vuelve loco al español, con el previsible resultado que acaba por dormirse aferrado al vidrio en medio del quincuagésimo brindis en su honor.

Esa parece la señal convenida para que Eusebio tome del brazo a Albarrán y me haga el gesto de seguirlos, llevándome de paso a Julia que está ya casi saliendo por su cuenta. La comparsa sigue su escándalo sin darse cuenta de nuestra inofensiva escapatoria. Miro por última vez hacia el ruideral de la Sirena como se mira una embarcación en naufragio. Todavía alcanzo a escuchar, con un tono de melancolía a más no poder, «el que pierde a una mujer no sabe lo que gana».

Sigue siendo el centro de la ciudad. Sigue siendo la bruma. Eusebio cierra de un portazo la carcacha de Albarrán, y marca con aire suficiente la dirección hacia la entrada de una edificación de mala muerte a la que llegamos entre los baches y los nebulosos semáforos: mitad obra negra, mitad estilo helénico neonarco que mucho se estila por acá.

Una vez más el denso ambiente de una celebración obligatoria cae sobre nosotros, mientras camino hacia el siguiente círculo danteresco y aprovecho el delirio para acercarme como de casualidad a Julia, cuyo cuerpo parece aventurar una tímida respuesta que quiero imaginar que no es por el frío.

Eusebio nos muestra el Partenón, que así se llama el recinto, con aires típicos de una aspiración clásica, y nos urge a libar y a probar de las vestales como si estuviéramos en algún rito por más señas dionisiaco. Entre lo que parece ser la clientela habitual, se asoman entre las mesas algunos uniformes del ejército. Las vestales, reclutadas entre las mejores de los cinco rumbos del país, ejecutan bailes eroticogimnásticos auxiliadas por barras, plataformas, balones y aparatos de fantasía entre las mesas donde los clientes aplauden, cantan, chiflan y aúllan, llenando de billetes los ligeros ligeros y los sostenidos sostenes de las acróbatas.

Nosotros aprovechamos la influencia de Eusebio para apoltroarnos en una mesa privilegiada. Sin preguntarnos nos sirven sendos tragos de guaro mientras las bailarinas se aprestan a ejecutar sus evoluciones a ritmo de puro *techno*. Yo por si acaso procuro seguir lo más pegado posible a Julia, que en medio de toda la estridencia no pierde ni la parsimonia ni el estilo. A medida que el ritmo de la música se acelera, el chaparro Eusebio a ratos se agiganta y se oligofreniza al punto que en un parpadeo baila subido a la pasarela con tres hermosas damiselas muy ligeras de ropas, mientras yo siento una corriente eléctrica de intensidad inversamente proporcional a la diezmilimétrica distancia que me separa del brazo de Julia, y Albarrán parece más alerta que nunca en su disimulado estado de borrachón empedernido. Brinda conmigo. Le doy un trago a mi guaro y el vértigo se recrudece.

Volteo a mi costado donde Julia a su vez voltea a su costado y empiezo a perderme en su mirada, que promete llevarme muy lejos de esta ciudad en guerra, de este país en guerra, de este remolino que parece querer llegar a un hermoso remanso cuando siento un súbito y muy inoportuno jalón. Me pongo en pie con pronta indignación para encontrarme en el otro extremo de la mano que me jala con terquedad hacia la humanidad del chaparro Eusebio, que en un exabrupto francamente ebrio me quiere obligar a bailar con una de las que lo acompañan, no de malos bigotes, por cierto, pero lo que calienta es la insistencia irracional y empecinada. Me deshago como puedo del jaloneo del energúmeno viejoven, para quedar entre dos atléticas suripantas que se me pegan al cuerpo al ritmo de un me rengue que invita a la selecta concurrencia a mover con desenfado el esqueleto. Con toda la cortesía de la que soy capaz en momentos tan complicados, hago a un lado a mis amables acompañantes, que junto al chaparrón empiezan a armar un escándalo desproporcionado por mi rechazo a convertirme en atracción involuntaria del *show*. En un cuarto de segundo aparecen siete meseros amenazantes. Albarrán se percata del follón que se aproxima y juntos observamos

con cierta preocupación a la tropilla de meseros que nos empieza a rodear, armados de amenazantes picahielos. Es un momento asaz extraño que adquiere de súbito una consistencia onírica: la música pasa a un segundo plano y el movimiento pasa a cámara lenta y acaba por congelarse.

En eso estamos cuando otro escándalo peor que el que nos ocupa rompe este limbo y el movimiento se acelera nuevamente, cuando en la entrada del Partenón un militar de alto rango parece confundir a una muchacha con una perilla de boxeo y la golpea repetidamente, mientras ella y otra su compañera tratan de aminorar la golpiza entre bolsazos y puñetazos al aire. Sin pensarlo dos veces, y aprovechando esta nueva confusión, salimos como garbanzos en silbato y dejamos a los meseros de tan torvas intenciones congelados junto a la pasarela.

Como un solo corredor de cien metros con obstáculos, Albarrán y yo alcanzamos la salida, empujamos de paso al militar abusivo y sacamos a las dos rijosas a la calle, donde nos siguen la carrera sin dudarlo y sin tomar aliento hasta la carcacha de Albarrán, estacionada a unos cuarenta metros de la zona de desastre. Pienso entre la confusión que en Lídice hay la tendencia a la improvisación vertiginosa como una forma de vida acorde con las agitadas circunstancias.

Y para todo esto, ¿dónde quedó Julia?





La Ley del Talón

Albarrán le aplica con sumo cuidado una pomada de la Campana al pómulo de Cloe, mientras yo busco con Penélope en el mermado refrigerador de la casa del famoso periodista alguna provisión que contribuya a sosegar los ánimos y darle un poco de sustancia al cuerpo.

Las muchachas agradecen el gesto y a renglón seguido nos proponen que dejemos de perder el tiempo y organicemos una fiestecita de agradecimiento entre los cuatro, cortesía de la casa.

Aunque no dejan de antojárseme —morena la una y güera de rancho la otra, pero bien dotadas y profesionales ambas dos a fin de cuentas— yo más bien me propongo seguir mis investigaciones antropológicas sobre lo que los especialistas en historia de la civilización y gente del común han dado en llamar el oficio más antiguo del mundo, y me arrellano en el sofá de mimbre frente a un plato de jamón con queso que pudimos rescatar del abandono, mientras trato de llevar a Cloe y a Penélope por los caminos de la reflexión y del recuerdo ante la complicidad y la mirada divertida de Albarrán, que prepara con esmerada atención unas cubas que —diecisiete gotas exactas de limón por vaso y mismo número de giros con el agitador— no tarda mucho en terminar para acercarse con una charola de bebidas de apariencia tan fresca como criminal, y que a estas altas alturas de la noche pueden provocar un efecto más narcótico que estimulante y que para mi sorpresa provocan todo lo contrario, cuando Albarrán se transforma ahora en médico de almas y suavemente les va sacando la sopa en ese casi amanecer que suaviza todavía mejor el ambiente a la hora de la confesión.

—Así, pues, muchachas, ¿cómo es que han llegado a exponerse de ese modo?

—Mirá, vos, no vayan a creer que nos encanta la idea de meternos con los cuilios y con los milicos. Pero en esta profesión es la única seguridad que podemos tener para contar con un alquito de protección, y para contar entre las vivas todavía.

—Aunque a veces casi casi pueden darse por muertas, como hace rato.

—Bueno, una tiene también que apachugar y tomar sus riesgos en esto de la ley del talón. Sobre todo, cuando no hay mucho espacio para dónde hacerse.

Por ahí sigue transcurriendo, tranquila, la conversación, para ir entrando en detalles más íntimos de la vida esquizofrénica de los clientes habituales de nuestras interlocutoras, los oficiales de un ejército que en el fondo sabe que tarde o temprano va a perder la guerra, porque a fin de cuentas nadie se va a morir si de por sí nadie tampoco va a salir vivo.

Mientras tanto, acompañamos a las muchachas al cuarto de visitas de Albarrán, donde se acomodan cada vez con más confianza y comodidad en la cama *king size*, adquirida seguramente para emergencias como esta y que ocupa el espacio entero de la habitación. Siempre bien profesionales, las dos mujeres se aligeran fácilmente de una buena parte de sus vestimentas para quedar en breves y sugerentes paños menores, mientras proseguimos con el amistoso interrogatorio.

Ya cuando apenas comienza a clarear, Penélope saca su rencor a todo lo que da y nos cuenta de las locuras de su cliente más selecto, el coronel Domingo Monterrosa, el paracaidista y comandante más admirado del cuerpo de élite del ejército, y que vive obsesionado por el espejismo de ser el mejor estratega y el más sagaz torturador de la comarca, que cuenta entre sus hazañas el haber sacado del error informativo a uno que otro periodista desorientado, que en más de un caso ha terminado por desaparecer del mapa.

—Entre algunas de sus rarezas —comenta Penélope (palabras más, palabras menos)—, el coronel Mingo Monterrosa tiene una exagerada afición con sus dóberman, entrenados por él mismo, que

igual son capaces de perseguir durante horas a algún fugitivo en desgracia, que ayudar a convencerlo de que suelte la sopa. Casualmente esta tarde, en un salto de práctica allá por los llanos de Nopalapa, al coronel se le ocurrió ser acompañado por su animal favorito, solamente que en el salto no se abrió el paracaídas del perro, o vayan ustedes a saber si el dóberman no supo cómo jalar el chunche, el caso es que el pobre animal fue a estrellarse, después de una caída libre de medio minuto, justamente en la marca pintada con cal adonde debían aterrizar los paracaidistas, y hasta quedó el suelo con un manchón colorado tirando a escarlata, pero que no fue precisamente del gusto del coronel; el caso es que su desesperación por la pérdida del animal lo llevó más tarde a ponerse una tranca de órdago y a tratarme de poner como santocristo —suspira Penélope, que ni siquiera había tenido el gusto de conocer ni de lejos al dóberman en cuestión, pero que ahora providencialmente se había convertido en el objeto del rencor del coronel, justo para que la chivesa expiatoria tanto nos contara y con tanto desparpajo.

—¿Y no te ha contado de casualidad el coronel adónde llevan a los detenidos para sus interrogatorios?

—No me lo ha dicho directamente, pero un par de veces me ha llevado en plena noche, cuando le entra el insomnio o el alcohol se le encabrita, a una bodega medio escondida por el rumbo del mercado, allá detrás del rastro; siempre me ha dejado con un custodio en la camioneta mientras él se ha tardado como un cuarto de hora. Me acuerdo bien porque luego luego se pone medio violento entre las sábanas.

Para este entonces Cloe duerme a pierna suelta.

—Será mejor que sigamos el ejemplo de tu socia —comenta Albarrán, mientras cubre con la sábana a las dos visitantes, toma sus vestidos, que con todo y su brevedad no caben en ninguna parte del *king room*, con el cuidado del experimentado anfitrión que se ha vuelto en estas tierras, y me invita a salir del cuarto y a apagar la luz mientras alcanzo a ver en Penélope un gesto de agradecimiento antes de caer al sueño como una piedrita morena al fondo de un estanque.

Nos dirigimos en silencio hacia la sala para ocupar nuevamente los sillones de mimbre. Aunque no ha habido palabras de por medio después del último relato, estoy seguro que, como yo, Albarrán estará pensando en hacerle una visita a esa bodega, donde seguramente el Tocayo no la debe estar pasando nada bien, cuando de reojo alcanzo a oír la cerradura girando y a ver cómo la puerta de la calle se empieza a abrir y me pongo de pie de un sobresalto, para ver entrar de lo más quitado de la pena al chaparro Eusebio con la cada vez más hermosa Julia, y en un gesto de añeja complicidad le pasa las llaves con las que acaba de abrir a Luis Albarrán, mientras comenta con alivio:

—Vaya nohecita a la que me invitaste, compadre —poniendo en evidencia una complicidad muy bien disimulada hasta ahora, como uno más de los recursos necesarios para los sobrevivientes en este país, y en buena parte de este mundo, para no ir más lejos.

Eusebio toma con picardía las ropas de nuestras bellas durmientes para hacerlas a un lado mientras deja caer su breve humanidad en el sillón.

—Va, pues, ahora comprendo por qué me abandonaron tan de prisa, junto a los meseros del congal; por cierto, ahí luego les paso la cuenta.

Mientras le cedo mi lugar a Julia creo adivinar en ella un destello de enojo en dirección del dueño de la casa, quien no se da por enterado mientras pone al corriente a los recién llegados de la conversación que acabamos de tener con las muchachas.





El Tocayo

Cumpliendo el vaticinio de Albarrán de que no dormiríamos en un buen rato, dejamos su casa en cuanto hubo amanecido, con una incipiente estrategia para el rescate del Tocayo. Como primera medida de una estrategia colectiva, el chaparro Eusebio propone instalarse frente a la bodega del rastro para observar cualquier movimiento sospechoso. Albarrán se dirige al hotel Rancho Grande para reunirse con los periodistas de la agencia para la que trabaja el Tocayo y con representantes de la prensa internacional, para empezar a organizar una ruidosa campaña que pudiera meter algo de temor al gobierno y a los milicos, siempre atentos a las repercusiones que pudieran tener sus actos extralegales en la opinión del mundo, y, sobre todo, del imperio. Por mi parte, sacándome la lotería, me toca acompañar a Julia por el rumbo del centro a buscar a Mario, que seguramente debe de andar bien escondido después de la tunda que les pusieron a los cuilios en su Vacile. Nuestra misión es convencerlo de que vaya a visitar al único que lo puede salvar: el general Noriega, flamante ministro de Defensa del régimen, con quien tiene un cercano parentesco; nuestro objetivo real es tratar de que Mario averigüe con el general, como quien no quiere la cosa, el paradero del Tocayo.

Una vez hecho esto, como todavía es temprano, me propongo comunicarme con Derek Jung para ampliar la campaña de salvamento del Tocayo a la Asociación Internacional de Prensa.

Entre la maraña de callejones a medio construir en que se ha convertido el centro de la ciudad, tras algunos terremotos de consideración y los efectos de una guerra prolongada, llegamos a una pintoresca vecindad que a esa hora ya parece navegar con el velamen tendido a todo trapo de la ropa recién lavada y puesta a secar en la azotea. Con la decidida suavidad de su persona, Julia toca en la

puerta de un notable número trece que me parece igualmente tan propiciatorio como sospechoso. Tras un largo minuto y después de que alguien se asoma imperceptiblemente entre las persianas del interior, se abre la puerta tras la que surge un nervioso Mario para hacernos pasar con rapidez.

—¡Qué alivio que sos vos, chiquita! ¿Y quién es tu acompañante?

—Lorenzo Centella, un amigo del Albarrán, que nos está ayudando a encontrar al Tocayo, desaparecido desde ayer por la madrugada, al parecer gracias al Mingo Monterrosa.

—¡A la pucha, éramos muchos y parió la abuela, como dicen por ahí! Si yo no me quiero ni asomar por el zaperoco que se armó anoche en el Vacilón, y por el que Cuco anda fugado después de dejar a medio fallecer a dos escuadrones de la muerte, menos mal que los milicos no se han enterado que la golphiza fue en mi congal, si no ya ni la estuviera contando.

—Yo que usted ni me escondo para evitar cualquier sospecha —alcanzo a decir mientras Julia me respalda con un gesto dedicado a darle confianza a Mario, y añade enseguida:

—Es más, debería irse a echar un cafecito al cuartel central con su pariente el general Noriega, y así hasta nos puede dar una mano en este asunto del Tocayo, don Mario.

Frente a la bodega de abastos un legendario comandante del Frente oriental luce una impecable vestimenta de cargador del mercado con su diablito y sus cordeles. Así Jonás intenta pasar inadvertido platicando despreocupadamente con un despachador de licuados. De pronto se abre paso entre los puestos y los marchantes una pareja que desentona en el lugar y que Jonás detecta enseguida: se trata de dos supuestos paisanos, pero que por su modo de andar delatan su formación militar. Con ligereza y disimulo llegan hasta la bodega y entran después de llamar a la puerta con un toquido que, a Jonás, con años de conocencia de códigos militares, no le suena a otra cosa que a una contraseña. En ese momento saca un minúscu-

lo teléfono celular, marca en automático, y se clava en el auricular mientras degusta una bomba licuada de mango con zapote. Lo que le queda claro es que la bodega de abastos puede ser una casa de seguridad del ejército. Quién sabe si se trata de la cárcel clandestina en donde el Tocayo se está topando con su suerte.

En el desayuno del Rancho Grande, Albarrán termina su exprés doble cortado, con su habitual dosis y media de azúcar mascabado, entre varios colegas de diferentes medios y países, con los que acuerda dar a conocer por todos los medios posibles la desaparición del Tocayo. A fin de cuentas, en este oficio a cualquiera le puede llegar la pálida en cualquier momento, no importa qué tan protegido se sienta, no importa qué tan bien conectado se encuentre: si el ejército, si los escuadrones de la muerte, si la guerrilla, si alguna de las numerosas bandas delincuenciales que aprovechan la situación llegan a sentir ñañas frente a la cámara, la grabadora o la libreta de apuntes, hasta ahí pueden llegar la protección y los conectes. En estos tiempos y en estos rumbos, a la muerte no se le dificulta particularmente pedir permiso para hacerse presente.

En el cuartel central, Mario toma un sorbo de café frente al escritorio del general Epifanio Noriega, hombre fuerte del país y su primo hermano.

—¿Entonces, cómo está la cosa, mi Mario?

—Como te decía, general, se siente en la calle que ha aumentado la violencia, y aunque la gente no habla de la guerra hay cada vez más chambres sobre secuestros y desapariciones. Me acabo de enterar, por ejemplo, que este Luis Sebastián, el que le dicen el Tocayo porque trabaja mucho con el otro Luis Albarrán, fue secuestrado por un grupo militar y justo ahora los de la prensa internacional están planeando hacer escándalo para encontrarlo.

A pesar del gesto impasible del general Noriega, Mario advierte un brevísimo destello de intranquilidad en este su pariente con el que jugaba a policías y ladrones desde el barrio de la infancia.

—¿En eso están, entonces? Y a propósito, ¿tú no tienes idea de quién pudo haber puesto como perros bailarines a un par de nuestros muchachos que andaban anoche de farra, y que aparecieron en el amanecer con la vida colgando en un hilo a un lado de la Catedral?

—Supe que vieron anoche muy borrachos a dos de los escudrones de la muerte... No serán los mismos, ¿verdad?

Cerca del centro de la ciudad, en el parque del Salvador del mundo, camino con Julia y la vida me parece una fiesta a pesar de tanta tenebra. Julia me sonrío confirmando mi estado de ánimo y de repente se detiene en seco. Me señala un personaje que se empieza a disolver entre el gentío.

—Mira, ahí va ese Baldomero Victoria. Hace un rato que no me lo topo y tengo que alcanzarlo para resolver algunos chambres con él.

—¿No quedamos que es un personaje ficticio inventado por Albarrán?

—Eso parece, aunque cada día que pasa me topo al tal Baldomero con más frecuencia por la vida, hablo un ratito con él y nos vemos más tarde por la casa de Albarrán, luego que tú te conectes con el tal Derek, ¿no, mi amor?

Me quedo alucinando de su término amoroso hasta que me acuerdo de las expresiones lidiceñas que abundan en melindre. Aun así no dejo de sentir una dosis de sabrosura por el rumbo del esternón mientras la muchacha se aleja velozmente con su fantástica sonrisa. Con aperplejada resignación tomo camino hacia el hotel, para localizar justo a tiempo a Derek Jung en una larga distancia con las oficinas de la AIP para que boletinen los datos generales del Tocayo. Después me reúno con los periodistas convocados por Albarrán en el bar del hotel Rancho Grande.

—Estamos advirtiendo con creciente preocupación el acoso a los periodistas que han venido de otros países a cubrir el conflicto, y sobre todo a los periodistas de este país, que trabajan cada día con menos garantías. Justo esta mañana acabamos de conocer la desaparición de Luis Sebastián, camarógrafo de Plurivisión a

quien todos ustedes conocen muy bien, y que trabajaba ayer por la mañana por el presidio con el curioso nombre de la Libertad.

Mientras sigue la denuncia, suena por ahí el celular de la productora de Plurivisión, quien después de contestar se abre paso apresuradamente hasta Luis Albarrán a quien le pasa el aparato portátil desde donde suena la voz inconfundible.

—Aló, soy yo, güevón, tu mero Tocayo... sí, estoy algo ronco porque tuve un accidente de tránsito y apenas estoy recuperándome.

—Imagino que no puedes hablar. ¿Doy esa explicación oficial?

—Afirmativo, tocaquito. Admito que fue mi culpa, pero afortunadamente el que me golpeó, perdón, al que le choqué no le pasó ni un rasguño. Ahorita me pasan a dejar a la casa con todo y custodia especial... saludos a la familia. Luego te llamo.

Albarrán comprueba que se corta la llamada. Inmediatamente suspende la conferencia de prensa dando la noticia.

—Lo siento, mis cuates, parece que se trató solamente de un accidente. El propio Sebastián me lo acaba de decir. Finalmente, no salió tan mal librado y va para su casa en este momento con apoyo médico.

Entre algunas exclamaciones de alivio por la suerte del Tocayo, alcanzo a advertir también algo de frustración entre el sector amarillista de la prensa internacional, que creía tener una buena nota esta mañana. Alcanzo a Albarrán en el *lobby*, rumbo a la salida, quien musita por lo bajo.

—Gracias a Jonás no quisieron echarse este tiritito los milicos.

Ya con el alma en el cuerpo y con un cansancio del carajo, llegamos a la casa de Albarrán para toparnos en los escalones de la entrada con el chaparrito Eusebio, que cada que lo veo me vuelve a dar algo de mal fario. A punto de abrir la puerta, Albarrán nota la ausencia de la muchacha.

—¿Alguien sabe dónde quedó la Julia?

Les cuento que se fue a alcanzar a Baldomero Victoria como si fuera detrás de un fantasma, o de un improbable personaje de ficción.

Albarrán me mira con cara de incredulidad, hace de tripas corazón con su cansancio y me pide que espere yo en la casa por si Julia se aparece mientras se lanza a buscarla con el cada día más viejoven Eusebio. Sin mucho pensarlo entro a la sala, compruebo con cierto desaliento que Cleo y Penélope han abandonado el *king size*; cierro la puerta sin la chapa de seguridad por si llega Julia y, muy a mi pesar, convencido de que al parecer las cosas parecen tomar un rumbo más seguro, me doy una cabeceadita en el sillón de mimbre.





Salón Imperio

Llevo dormido quién sabe cuántos pocos pero interminables minutos cuando siento que Julia entra sigilosamente, asegura la puerta y se dirige hacia el sillón desde donde la veo venir desde el más profundo sueño. Lleva puesto el delantal con que la vi en el Vacile de Mario mesereando tan profesionalmente, el mismo delantal que se quita lentamente mientras se escucha a la distancia una versión acumbiada de «El rey» de José Alfredo Jiménez. Julia se acerca bailando muy seriecita y ejecuta frente a mí unos pasos de una cadencia perfecta, sabiendo que yo la veo desde la profundidad del deseo con toda nitidez, y no se me escapa que el baile que ejecuta se trata quizás de algún ritual que seguro tendrá que ver con el enamoramiento que yo siento cada vez más fuerte hacia esta morena apiñonada, que ahora se aleja para ver qué sucede con la puerta que se abre de pronto para dejar entrar a Luis Albarrán, acompañado de alguien que no alcanzo a distinguir, pero que no debe ser otro que el Tocayo. El que parece ser el personaje ficticio Baldomero Victoria se asoma entre los demás por un instante.

Al advertir que estoy profundamente dormido en medio de la sala, los cuatro hablan en voz baja. No alcanzo a distinguir entre el sueño más que algunas palabras, fragmentos de frases, pedacería de un rompecabezas que trato de armar desde el asombro del otro mundo.

—...no se trata de hacer lo que se vengaengana...—... mi delantal es mi mejor arma...—... yo no iba a delatar a nadie ¿qué te crees?...—... y mientras, nosotros sin pegar los ojos en tres días...—... ya le habré de encontrar un uso mejor a mi delantal...—... y además tenemos que aguantar que él sí pueda echarse

un buen sueño...—... como te digo: no se puede hacer lo que te vengaengana...—tú deberías hacer lo que yo escribo...

El esfuerzo por encontrarle sentido a esas frases que me llegan como mensajes en una botella es interrumpido bruscamente por un golpe espectacular, que produce el efecto de un balde de agua hirviendo estallando en pleno rostro seguido de una sonora invitación...

—¡Despierta, hijoeputa!, se te acabó el cuento, Ceniciento.

... que me derriba del sueño y del sillón en el mismo instante en que me veo rodeado de los cuatro civiles con facha más militar que me haya topado en la vida, entre una luz insoportable que me parece entrar a raudales en la sala invadida. Entre el par de golpes a la boca del estómago que me tiran al piso sin aliento, alcanzo a escuchar:

—Pero si este no es Albarrán, mi teniente, para el caso, ni siquiera el Tocayo de Albarrán.

Entra un soldado con traje de fatiga que se comunica por radio.

—Acaban de dar parte de que ya localizaron al objetivo, mi teniente.

Sin lujo de amabilidades me sientan en uno de los sillones de mimbre.

—Y entonces tú, ¿quién carajos eres?

Estoy tratando de recuperar el aliento para poder hablar, cuando otro de los visitantes examina mi credencial de correspondencia sacada de mi cartera, que hasta algunos instantes se alojaba en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Aquí está la identificación, reportero de prensa de un medio internacional, recomendado del periodista alemán Derek Jung, y con salvoconducto del general Noriega.

—Anjá, otro de nuestros ilustres desinformadores, ¿verdad?

Otra andanada de golpes que me llueve por los cuatro puntos cardinales me vuelve a derribar en una caída interminable.

No acabo de entender a qué horas, ni cómo, Julia me coloca con suavidad sobre el piso contra el que acabo de chocar; desde

el delirio limpia con cuidado las manchas de sangre y de sudor, y se queda volátil a mi lado para velarme esta privación que llega esta vez en un desmayo franco y sólido durante un largo rato.

Cuando vuelvo a abrir los ojos la casa está a oscuras. Solo entra un leve resplandor por la puerta, que quedó levemente abierta y por la que se asoma fugazmente un gato fosforescente, o eso me parece. Me incorporo entre un dolor generalizado, pero que se localiza sobre todo en el rostro, el estómago y el costado izquierdo. Seguro me dejaron una costilla dislocada. Me lavo la cara en el baño sin prender la luz. Todavía me siento bastante confundido como para entender qué está pasando. Detrás del dolor descubro una sólida dosis de miedo, que no me deja pensar bien. Trato de entender la mala leche del reflejo en el espejo. Tomo un poco de agua del lavabo y empiezo a repasar lo que pudo haber sucedido en las últimas horas, en las que no alcanzo a distinguir ningún escenario favorable. Recojo mi cartera y mis documentos desperdigados, mi reloj con la carátula rota. La casa es un caos entero, en el que localizo una camisa de Albarrán para sustituir la mía, manchada de un bermellón oscuro. Superando el miedo me asomo a la calle, a esta hora sorprendentemente desierta y silenciosa. Cierro la casa con una llave rescatada del desorden y me echo a caminar rápida y cautelosamente hacia el Rancho Grande.

Llego al hotel con el amanecer. Cruzo el *lobby* sin encontrar a nadie hasta que en la recepción me topo con Benita Galeana, que acaso está llegando para preparar una reunión tempranera en alguno de los salones del hotel.

—¡Ay, mi amor, mire nada más cómo me lo dejaron!

Y hasta ese momento me empiezo a sentir con el alivio de encontrarme en territorio conocido.

Gracias a la diligencia de Benita, en un momento me encuentro instalado en mi habitación, atendido por un buen médico, eficiente y discreto como lo requiere la situación por la que pasa el país y el prestigio del hotel Rancho Grande, empeñado en dar el mejor

servicio a la prensa internacional, y que le va dando a mi rostro una apariencia un poco más presentable, dentro de lo posible.

Benita me cuenta que casualmente está ahí a esta hora temprana para preparar los detalles de un importante desayuno, en el que parece que estarán representantes de la prensa nacional con empresarios y gente del gobierno, que me deja en buenas manos con ese matasanos y que regresa en unos minuticos a ver si algo más se me ofrece.

—Ya está, lo dejé como atropellado por un carro compacto, porque cuando llegué parecía atropellado por un ferrocarril. Con esa costilla va a tener que caminar con cuidado; con el corsé que le puse estará sin problema un par de semanas.

Cuando Benita regresa me encuentra más limpio y recién mudado; más reparado y un poco más preparado para intentar averiguar a qué le debo el honor de la paliza que me acaban de propinar, y en dónde se habrán metido Albarrán y la bella Julia.

—Vaya, pues, ya empieza a tener cara de cristiano.

—Hay algo que me urge, Benita, saber dónde se habrá metido Albarrán.

—¿Pero no andaban juntos?

—Casi todo el tiempo, hasta que me tundieron. De hecho, los que me golpearon me confundieron con él en un principio.

—¿Cuándo será que en este país dejen de pasar estas cosas?

—Tengo la corazonada de que un tal Eusebio tiene que ver con la ausencia de Albarrán.

—¿Lo conoces? Eusebio Rocha es una de las gentes más turbias que conozco. Se lo he dicho a Albarrán, pero ya ves que no le hace caso ni a su sombra. Se me ocurre que podría ser un invitado al desayuno, porque ha venido algunas veces como enviado del diario Imparcial.

—¿Podrías confirmarlo?

—¿Qué tal si me acompañas? Desde mi oficina será muy fácil chequearlo.

—¿Conoces también a Baldomero Victoria?

—De repente se hospeda en el hotel, pero bien a bien no lo conozco. Me da la impresión de que es un personaje bastante elusivo.

Bajamos por un elevador de servicio hasta el área gerencial, donde a esta hora apenas empieza a haber alguna actividad. Benita me lleva a su despacho privado, en el que se puede monitorear todo el *lobby* y los salones de fiestas y banquetes.

—Desde aquí podremos ver de qué se trata la reunión, y si llega el dichoso Eusebio. ¿Mientras te sirvo un cafecito?

Media hora más tarde el salón Imperio se empieza a llenar para un desayuno bastante nutrido de asistentes, entre los que se encuentra lo más granado del gobierno, el ejército y la prensa nacional.

El general Noriega preside la reunión en la que se encuentran varios ministros, dueños de periódicos, estaciones de radio y televisión, y algunos acompañantes que, a decir de Benita, son de dudosa procedencia. No acaban de sentarse los comensales cuando descubro entre los últimos en incorporarse al charparrero Eusebio, que se sienta detrás de una columna como un convidado de piedra, cerca de un oficial que me parece conocido y que trae atado de su correa a un imponente dóberman. No dejo de notar una brevísima mirada de complicidad entre el oficial y el viejoven, que según mis cálculos debería estar en compañía de Albarrán.

Desgraciadamente el monitoreo es únicamente visual, así que me paso un rato tratando de adivinar el contenido de los discursos por la gestualidad, que dice más que la lectura de labios. Trato de entender que la reunión es un llamado a filas a los medios nacionales. Seguramente en este tema Eusebio tendrá mucho qué decirles a los altos mandos.

Cuando el desayuno parece a punto de terminar, le pido a Benita que me acerque lo más posible al salón Imperio. Ella me pide paciencia y prudencia inútilmente, y acaba por ceder a mi petición.

—Pero hasta ahí yo llego, mi amor. Lo demás es por tu cuenta.

Al salón se puede llegar por el interior del hotel, o por una puerta que comunica directamente al estacionamiento, que es donde apuesto a que saldrá el chaparro Eusebio. Me coloco atrás de los vehículos de la comitiva, oculto detrás de una camioneta de lavandería desde donde veo salir al general Noriega y a su comitiva seguidos de los funcionarios del gobierno y los periodistas, entre los que no se encuentra Eusebio. Debo evadir la vigilancia, que sin dejar de ser discreta es mucho mayor de la que he visto frente al hotel desde que llegué aquí a hacer mi trabajo. Aprovecho el paso de los representantes de la prensa y logro acercarme sin problemas aparentes hasta una pequeña bodega anexa al salón. Gracias a la información de Benita, sé que puedo asomarme a la salida del estacionamiento desde una puerta de celosía de la reducida habitación. Cierro la frágil puerta justo cuando Eusebio se detiene frente al muro de tabla roca con alguien más, con quien habla en voz discreta mientras permanezco escuchando como un convidado de piedra.

—¿Así que se acabó nuestro problemita?

—Véalo usted mismo, mi teniente.

Escucho un leve roce de papel y el final del diálogo:

—Muy bien, Eusebio. Con estas fotos ya podremos proceder contra el tal Albarrán y la muchacha. Muy buen resultado de tu discreción. Salgamos ya, que me esperan en el cuartel. Pásate al rato por ahí para estimular tu diligencia.

—Siempre a sus órdenes, mi coronel.

—¿Y qué me dices del asunto del transmisor de Radio Venceremos?

—Me contó precisamente Albarrán que lo van a tener que mover para protección.

—Perfecto. Es hora de montar el operativo para capturarlo. A ver si el tal comandante Maravilla sigue con sus claves y sus baladronadas.

Los dos personajes se alejan cuando se produce un súbito ladrido, seguido de una voz de mando que le habla al perro guardián. Yo sigo inmóvil reteniendo a fondo la respiración.

—Tranquilo, Rambo, tranquilo.

Finalmente, los pasos militares seguidos de un trote canino se alejan, pero me espero un rato para recuperar el aliento y la movilidad.





El Mara

Entro al hotel y me dirijo a mi habitación para llamar de inmediato a Albarrán, pero me detengo ante la certeza de que a estas alturas su teléfono debe estar intervenido, y de paso el mío. Me pregunto cómo podré advertirle de la tenebra de Eusebio que acabo de atestiguar cuando suena el teléfono de la habitación. Contesto con algo de sobresalto para toparme con la amorosa voz de Benita.

—Espero que le haya servido el paseíto. Me comunico porque hay dos personas que quieren entrevistarlo para un asunto de trabajo.

—No es buen momento, Benita, tengo ahora que arreglar algo urgente.

—Creo que le conviene recibirlos, Lorenzo, hágame caso.

Benita cuelga y un segundo más tarde escucho un contundente toquido en la puerta. En el pasillo aparece un hombre de traje, ostentoso bigote con todo y portafolios profesional y una mujer de gafas intelectuales y peinada con un cabello de rayos luminosos, cuidadosamente maquillada. Me da la impresión de estar frente a un ejecutivo con su secretaria que habla con una voz que me parece conocida.

—¿Nos permite entrar? Le traemos como quedamos el plan perfecto para su vehículo, que lo dejamos en el estacionamiento para que lo pueda ver de inmediato.

El ejecutivo me muestra ostentosamente su portafolios, y a pesar de mi desconfianza inicial algo me dice que Benita tiene razón. Les franqueo el paso.

En el momento en que entran, el ejecutivo se dirige con decisión al televisor de la habitación y lo enciende subiendo exageradamente el volumen, mientras la secretaria se quita las gafas

intelectuales y la peluca, dejando ver a la bella Julia en su lugar. El ejecutivo se desprende del ostentoso bigote y de unas patillas postizas descubriendo al Edmundo Guerra, que me hace un gesto de silencio llevándose el dedo índice frente a la boca, y abre su portafolios para mostrarme una escopeta recortada y un revólver. No acabo de reponerme de la sorpresa cuando Julia, transformada nuevamente en secretaria, saca del armario mi mejor saco en el que mete mis credenciales y toma mi mochila mientras Edmundo se coloca de nuevo con profesionalismo sus postizos y ambos me conducen a la puerta con una socarrona sonrisa.

Cruzamos el *lobby* del hotel frente al escritorio de Benita, quien me cierra el ojo en un gesto de complicidad, mientras la pareja disfrazada me va hablando güevadas sobre las virtudes mecánicas del vehículo que me van a mostrar en el estacionamiento, que son plenamente satisfactorias para su mejor cliente, Baldomero Victoria, y que resulta ser un BMW último modelo. Edmundo saca dramáticamente las llaves del auto y me las entrega pidiéndome con un gesto imperceptible que siga su actuación, mientras la secretaria abre la puerta con elegancia y me invita a empotrarme en el asiento del conductor. Sigo el juego y echo a andar el vehículo. La pareja me mira satisfecha. Entran al BMW con aire de quienes no quieren la cosa, pero siempre haciéndose notar en el campo de visión de las cámaras del estacionamiento, que seguramente tienen localizadas perfectamente. Hago avanzar lentamente el vehículo como disfrutando de su avance silencioso y salimos del estacionamiento con precaución.

Ya en la carretera Edmundo Guerra, instalado en el asiento del copiloto, me va indicando el camino que nos aleja discretamente de la ciudad y después de un buen rato nos detenemos frente a un portón disfrazado de enredadera, que se abre mágicamente en cuanto nos acercamos. Salgo del coche para encontrarme con Luis Albarrán que cierra el portón oculto tras la enredadera entre las risas de Julia y Edmundo.

—Hubieras visto la cara de Lorenzo cuando nos topó frente a su cuarto —le dice Edmundo a Albarrán.

—Lo bueno es que entró en su papel de volada —dice Julia.

—Y de volada tenemos que largarnos —replica Albarrán concluyendo la risa y pasando a asuntos más serios.

Vestidos ahora con uniformes del ejército nos desplazamos hacia las montañas de la Candelaria en un *jeep* militar, mientras les cuento el encuentro del que fui testigo entre Eusebio y Mingo Monterrosa.

Subimos sorprendentemente rápido para entrar a un territorio controlado por la guerrilla, sorprendentemente próximo a la capital de un país donde la vida puede ser sorprendentemente corta si no se ejerce todo el tiempo el instinto de supervivencia. Pareciera que el lugar goza de una extraña invisibilidad para los ojos del gobierno, con todo y la tecnología de sus aliados del norte.

—Y hablando de tecnología —me dice solemnemente Edmundo—, ¿no has notado nuestro más exitoso sistema de comunicación?

—No tengo la menor idea de lo que dices.

—¿No has notado nuestras sofisticadas instalaciones? Están a la vista, nos vienen acompañando desde hace un buen rato.

—Lo único que nos acompaña es el alambre de púas que parece interminable.

—¡Exacto! Esa es, ni más ni menos, la antena que los cuilios no han podido detectar para acallar la voz de Radio Venceremos.

Volteo a ver a Edmundo y a su sonrisa socarrona, que ya va siendo parte cada vez más de su persona cuando el *jeep* se detiene en la zona de la Guacamaya frente a una montaña de paja; de repente se abre una puerta insospechada de la que sale una joven miliciana que nos saluda cálidamente mientras salimos del vehículo. Entramos a un túnel que desciende a una caverna iluminada. Al fondo, tras un denso caos de cables, micrófonos, audífonos, se asoma una rebelde mata de pelo oscuro contenida a duras penas por una gorra de beisbol. Al escuchar nuestra

entrada, el portador de la mata se pone en pie y nos saluda con inconfundible acento caribeño.

—Bienvenidos al cuartel antiaéreo de Radio Venceremos, territorio libre de América.

Edmundo hace las presentaciones ceremoniosamente intercambiando saludos de rigor y no rigor con el Mara, el famoso comandante Maravilla. Me entero que está perfectamente enterado de todo lo que he estado haciendo en el país y me da la impresión de que este personaje, además de cargarse una facha extrañamente atractiva, parecería que no vuela solamente porque le pesan las botas.

—Para estar en alerta máxima tenemos que estar enterados de todo lo que pasa por aquí —me dice el Mara mientras reparte tazas de café ya servidas para toda la comitiva— Y para eso tenemos ojos y orejas en los cuatro vientos. Igual que los cuilios pero con una gran diferencia: nuestros ojos y orejas no están comprados, y por lo mismo los hemos podido infiltrar, para manejar los hilos de la historia a nuestro favor a pesar de la diferencia de recursos. Y ahora vamos a ver qué tal jalan los hilos.

El comandante Maravilla manejaba la situación como si estuviera dirigiendo una obra de teatro del absurdo muy gozosa y muy ajena a las realidades de la guerra, mientras planteaba un operativo tan ambicioso como arriesgado, que por lo mismo tenía un buen porcentaje de posibilidades de llevarse a cabo, si todo funcionaba como la maquinaria de precisión que se iba construyendo en la imaginación de los que estábamos en esa reunión, tomando café en una cueva a varios metros bajo tierra.

—Tú estás aquí, Lorenzo —me dijo el comandante Maravilla—, porque en la historia de esta guerra puedes ser una pieza fundamental en tu condición de corresponsal extranjero.

—Creo que hay un inconveniente, probablemente ya me tengan fichado por mi participación en el asunto del Tocayo en compañía de Albarrán.

—Tenemos claro que Albarrán es un pájaro de cuenta muy identificado por el ejército y los escuadrones de la muerte, que como pudiste ver en el Vacile de Mario son una partida de inútiles. Así que, en esa circunstancia, podemos sacar ventaja de tu condición de corresponsal extranjero, cuando sobre todo trabajas para la ZDF, la televisión alemana a los que los cuilios tienen bastante respeto. Aunque quisieran echarte el guante se lo pensarían dos veces, y precisamente por eso puedes ser un personaje clave para uno de los operativos más importantes de este invento, que va a servir sin duda para remediar un poco la injusticia, bueno, siempre y cuando no te arrugues y aceptes garantizar tu parte de la misión para llevarla hasta sus últimas consecuencias.

A pesar de mis dudas y muchas lagunas sobre el tema, acabé por aceptar la propuesta de ese singular director de teatro para convertirme en un actor improvisado de una obra que iba pasando del absurdo para volverse francamente surrealista.





El voladito

Al día siguiente se empezó a trabajar el voladito. Mientras el comandante Maravilla y su banda se encargaban de los asuntos técnicos allá en la Guacamaya, yo me instalé en el bar del hotel Camino Real a urdir las relaciones con la prensa internacional que era parte de mi chamba, con la dosis agregada de ese voladito que se estaba fraguando desde la Candelaria.

La fuente de una buena parte de las noticias que salían hacia el mundo se originaba en ese bar precisamente. Ahí se había comentado y documentado la masacre del Mozote, por ejemplo, junto con otras atrocidades cometidas por el ejército y por el mismísimo coronel Domingo Monterrosa. Sin embargo, había que andar con pies de plomo cuando uno intercambiaba impresiones con uno u otro colega de la prensa internacional, que era como echarse a un mar permanentemente tóxico en el que una opinión o un comentario mal calculado podía tener consecuencias funestas. Después de todo estábamos en medio de una guerra en un país que se había vuelto un símbolo de resistencia contra una potencia acostumbrada a avasallar y a imponer sus condiciones, pero en un mundo que todavía cargaba el peso de lo que se había dado por llamar eufemísticamente la Guerra Fría, que en esta región estaba más caliente que un buen caldo de chivo a la cacerola, y en el que las diferencias ideológicas no se dirimían precisamente en diálogos civilizados. Así pues, en ese escenario de trapecios sin red de protección había que calcular con teodolito el peso de las palabras y de las opiniones, porque todo era un enjambre de acechanzas y delaciones en un permanente estado de desequilibrio.

Me acerqué a la barra a hablar con Deyanira Ríos, una corresponsal venezolana que trabajaba para alguno de los varios medios

estadounidenses metidos en este enjambre y que estaban ahí para contribuir a la confusión general, aunque en el caso del medio para el que ella trabajaba se trataba de uno de los más equilibrados en sus contenidos. Aunque nunca se sabía en qué andaba metida esa muchacha de buena figura, que la sabía lucir desde unos ojos verdes tan inquietos como pizpiretos, me arriesgué a largar con ella algunas confidencias. Nos habíamos hecho buenos amigos de tragos y de una que otra tenebra, cada vez que coincidíamos en los viajes hacia los países en conflicto que eran más de uno en esos años violentos. Aunque ocultaba su carácter mercenario con una simpática inteligencia, yo la había cachado en más de un asunto sospechoso y recordé que unos días antes la había visto hablando casualmente con el viejoven Eusebio —con el que nada era casual— y siguiendo la línea que habíamos acordado en la Guacamaya me lancé a ejecutar el plan como el mismísimo Borrás, tratando de usar a Deyanira como emisaria involuntaria.

—¿Ya viste que la Venceremos se va a mudar de barrio? —le dije en voz baja a Deyanira, que se sorprendió de la noticia.

—¿Y eso por qué?

—Parece que Monterrosa le anda pisando los talones y van varios desembarques de helicóptero en los que casi la pesca.

—¿Y tú cómo sabes?

—Sabes que te puedo decir el pecado, pero no el pecador... Bueno, a ti te puedo contar que tengo un compa conocido muy conectado con un comanche que está organizando la mudanza para proteger el transmisor de la Venceremos, el mismo que conectan a los alambres de púas desde que el ejército les voló la antena y que ahora les andan pisando los talones... Estoy tratando de confirmar ese chambre —le dije— ya te cuento si sé algo más.

Llegó el mesero con dos tequilas y rápidamente cambié el tono y la conversación. Deyanira se me quedó observando para confirmar su impresión de lo que le había dicho, y después hablamos de otros asuntos hasta que acabamos los caballitos de

tequila. Me despedí con un gesto de complicidad esperando que la Mata Hari caribeña se hubiera tragado el anzuelo. En mi camino rumbo a mi habitación pasé frente al escritorio de Benita, convertida siempre en mi ángel de la guarda, y a quien no se le escapaba ningún movimiento en el *lobby* del hotel.

—Un favor, Benita, ¿me echarías un timbrazo si ves a Deyanira hablando con Eusebio?

—Claro que sí, Lorenzo. Espero que no ande de celoso con ella porque a esa muchacha no le gusta viajar en un solo tren.

—Ya lo sé, Benita. Me interesa nada más que le dé vuelo a un chambre que anda por ahí circulando.

—Seguramente usted no tendrá nada que ver con ese chambre, ¿no, mi amor?

Me contestó con ese tono de respetuoso cariño con el que me trataba, así como a los que ella llamaba sus huéspedes consentidos.

Estaba a punto de quedarme dormido cuando llegó el esperado timbrazo de Benita.

—Apenas ahora vi a Deyanira cenando en el comedor del hotel con Eusebio. Los vi desde lejos enfrascados en una conversación muy animada, aunque me pareció llena de sospechosismo.

Parecía que el chambre progresaba. Faltaba nada más que el tenebroso Eusebio pasara la información a los altos mandos del ejército, y muy especialmente a su amigo Monterrosa.

Mientras tanto, en el refugio antiaéreo de la Guacamaya, el comandante Maravilla y su equipo se esmeraban para conectar con gran cuidado los explosivos y el sistema de detonación dentro de un transmisor fantasma, que en nada se diferenciaba del auténtico transmisor en su apariencia y en su funcionamiento.





Mingo Monterrosa

Era considerado tal vez el mejor estratega de campo del ejército lidiceño y se había convertido en el consentido de los asesores gringos por su audacia, su eficacia y su crueldad contra la guerrilla y su base social. Era la época en que se predicaba la doctrina de quitarle el agua al pez, que el coronel Monterrosa llevaba al pie de la letra arrasando pueblos enteros que tuvieran que ver con la guerrilla, como había sucedido en el Mozote donde aparecieron más de mil muertos civiles, cuando Monterrosa pasó por ahí con su batallón Atlacatl. Su temeridad y su crueldad eran legendarias entre los mejores oficiales y entre el ejército en general. Sin embargo, no había podido acabar con la guerrilla en el Frente oriental, en donde operaba Radio Venceremos transmitiendo día tras día los fracasos de la Atlacatl y de Monterrosa, echando además al vuelo las campanas de burla con cada operativo frustrado, lo que ponía al coronel en estado de furia cada vez que aparecía en escena la Radio Venceremos, a la que había declarado su implacable hostilidad.

En plena estación de invierno, que había sido especialmente lluviosa, había estado un par de veces a punto de atrapar al equipo de la Venceremos pero en ambas ocasiones se le había escabullido en el cerco de tropas y paracaidistas helitransportados, que era el último grito de la moda estratégica, una vez que los Estados Unidos dotaran al ejército lidiceño de un buen número de helicópteros con la certeza de que, con la efectiva conducción de Monterrosa, acabarían de una buena vez con la guerrilla. Hasta el momento no había logrado todavía darle un buen golpe al enemigo, pero estaba seguro de que muy pronto lograría su propósito porque según los reportes y partes de combate le estaban pisando los talones, y en cuanto amainaran las lluvias estaba seguro de que

alcanzaría sus objetivos, entre los que en primer lugar estaba la captura de la Venceremos, que se había convertido en su obsesión. La noticia que recibió de parte de su oreja preferido —ni más ni menos que el tenebroso Eusebio— lo complació, especialmente cuando fue informado que efectivamente el transmisor de la radio enemiga sería trasladado por el constante acoso del ejército, y sintió que el momento de su triunfo estaba cada vez más próximo.

Al batallón Atlacatl se le agregó la Tercera brigada y con este reforzamiento Monterrosa organizó desde tierra un ataque permanente en la región de la Candelaria para hacer salir al enemigo de su territorio, mientras esperaba que las condiciones meteorológicas contribuyeran a ejecutar su plan aéreo. Hasta ahora sus efectivos avanzaban y Monterrosa estaba en estado de urgencia constante para trasladarse al campo de combate en cuanto le confirmaran la derrota del enemigo, y sobre todo cuando recibiera la confirmación de la captura de la Venceremos.

Así pasaron dos días de intensa expectativa. A la tercera mañana, en el centro de comunicaciones del cuartel Atlacatl, recibió un mensaje radial que parecía de rutina: a pesar de la fuerte racha de lluvia había habido un enfrentamiento por el rumbo de la Guacamaya de donde al parecer la guerrilla había sido desplazada. La transmisión se cortó por un par de minutos, para continuar el comunicado con el coronel.

—Repito. La mara guerrillera huyó y abandonó con gran prisa su refugio, el que ahora estamos revisando... hallamos un rastro de sangre, pero no le hemos hecho capturas al enemigo... un par de nuestros oficiales resultaron heridos en los fuertes combates... la locación antiaérea está abandonada y nos topamos con un buen descachimbe de equipo radial...

Monterrosa habló con nerviosismo mal contenido:

—¿De qué descachimbe se trata?

—Hay un entredijo de cablerío, micrófonos, audífonos y equipo de transmisión...

La voz se quebró y subió de tono después de breves y tensos instantes:

— ¡Es el transmisor de la Venceremos, mi coronel!

— ¿Está seguro? ¿Está completamente seguro?

— ¡Afirma, afirma, coronel! ¡Es el transmisor que nos ha estado jodiendo la vida, coronel...!

Por fin el tesoro más codiciado por Domingo Monterrosa estaba a su alcance. El coronel se llenó de euforia. Sin embargo, fiel a su férrea disciplina de no mostrar ante sus hombres ninguna expresión que pudiera delatar un solo rasgo de alegría, solamente acertó a decir para sí mismo:

— ¡Hijoelagranputa!

Esa noche fue la primera vez que Radio Venceremos no transmitió su programa, que no había fallado ni un solo día durante la guerra, lo que parecía confirmar la captura de su transmisor. Con celeridad empezó a organizar la recuperación del aparato y el comunicado de prensa, que pondría a sus tropas y a su propia ejecución en un primer plano con el gobierno del país, y sobre todo con el cuerpo de asesores norteamericanos que seguramente ayudarían a catapultar su carrera militar hacia nuevos y mejores horizontes.

Al día siguiente amaneció con mejor clima y se empezó a aclarar el escenario propicio para llevar a cabo sus planes. A pesar de que le comía el ansia de dar a conocer su triunfo, el coronel Monterrosa sabía que debía proceder con calma, y sobre todo asegurarse de que un enemigo tan astuto como al que se enfrentaba no tuviera preparada alguna sorpresa desagradable que pudiera echarle a perder la fiesta. Para entonces ya sus fuerzas habían trasladado el transmisor a Joateque, adonde su ejército lo esperaba.

Sin embargo, siguió tomando todas las posibles precauciones. Aprovechó el vuelo de un helicóptero sanitario destinado a embarcar a los heridos del batallón Atlacatl, para asegurarse de

que el territorio enemigo estaba asegurado, de que su flamante fuerza aérea no fuera atacada sorpresivamente, y de que efectivamente el transmisor estaba capturado. Envío a su propio radista para que revisara el aparato y poder organizar el vuelo de recuperación. Su ánimo triunfalista seguía en parte tamizado por la sagacidad que siempre lo había caracterizado, aunque ahora estaba cada vez más seguro, le había ganado al fin la partida a la Venceremos y a su famoso comandante Maravilla.





Operación Pegaso

Hasta ahora el plan había funcionado como mecanismo de relojería, a pesar de la intensa lluvia y las posibles contingencias que hubieron podido surgir en un plan tan meticuloso y tan arriesgado: el combate sorpresivo con los cuilios, el grito de un herido ficticio, el rastro de sangre de gallo dejado en la falsa escapatoria, el descachimbe de chunches radiales entre el que se ocultaba el transmisor trucado, la captura del refugio antiaéreo del Mara y la Venceremos, el traslado del transmisor a Joateque... Todo había salido hasta ahora a pedir de boca. Solo faltaba que viniera Monterrosa a acabar de morder el anzuelo para que se completara el operativo.

La plana mayor de las fuerzas guerrilleras se había concentrado desde la noche en un lomerío cubierto por una densa vegetación, desde el que podían observar los movimientos del ejército. El Mara esperaba con ansiedad junto a Jonás y a la comandante María la llegada de Monterrosa, con la certeza de que para el coronel la captura de la Venceremos constituía un tesoro invaluable y que por lo mismo iría personalmente a buscar el transmisor. A eso le habían apostado y ahora esperaban con ansiedad mal disimulada cualquier helicóptero que se acercara.

Cerca del amanecer se escuchó el motor de un helicóptero aproximándose, pero gracias al radista de la Venceremos quedó claro que no era el aparato de Monterrosa porque la voz que se comunicó a tierra no era la del piloto del coronel. Lo más probable era que viniera a inspeccionar el terreno, a recoger a los heridos o al mismo transmisor. Al primer helicóptero lo siguió un segundo aparato que aterrizó junto al primero, pero no se pudo observar la actividad en tierra. El comandante Maravilla miró con los catalejos el movimiento en Joatepe y no advirtió traslado alguno del transmisor, pero sí el

de dos camillas con heridos. El primer helicóptero volvió a ascender y sobre el campamento guerrillero cayó una pesada sensación de incertidumbre. La tensa espera continuaba.

Dos horas más tarde se oyó un leve murmullo que fue creciendo hasta llenar el aire de ruido de motores seguido de una cuadrilla de helicópteros. No había duda esta vez, el coronel Domingo Monterrosa viajaba a Joatepe a recuperar su trofeo. El radista confirmó su presencia porque la voz esta vez era la del piloto de Monterrosa.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco helicópteros fuertemente artillados fueron descendiendo sobre el poblado. Habría que saber en qué helicóptero viajaba Monterrosa, para poder dirigir la antena y provocar la explosión, pero era difícil saberlo. Después de la cuidadosa preparación, el operativo podría fracasar por la astucia del coronel.

No habían pasado quince minutos cuando la cuadrilla empezó a elevarse lentamente. El Mara junto a los otros comandantes y una docena de hombres de la guerrilla aguantaban la respiración mientras Jonás apuntaba la antena a cada uno de los helicópteros que ascendían y apretaba el botón disparador sin ningún resultado. A todos se les ocurrió que habrían detectado el mecanismo o que se habría jodido, cosa improbable por la eficiencia con que se había instalado el explosivo y su mecanismo de ignición. Pero la realidad era que la cuadrilla de los cinco helicópteros se alejaba inmune y la trampa, tan cuidadosamente preparada, parecía haber sido un fracaso.

Jonás y Maravilla compartieron una mirada de frustración cuando escucharon otro motor. Había pues la posibilidad de que no había funcionado la explosión porque el aparato todavía estuviera en tierra. Poco a poco el helicóptero empezó a tomar altura.

Nuevamente Jonás apuntó cuidadosamente hacia la nave y apretó el disparador.

El estallido llenó el cielo. La celebración en los campamentos guerrilleros fue grande. De inmediato Radio Venceremos le dio

una buena estrenada a su nuevo transmisor, difundiendo en clave el éxito del operativo.

—El tamal de la fiesta fue muy bien recibido y del agrado de los invitados.

Había que esperar un poco para anunciar a los cuatro vientos la espectacular desintegración del coronel y de sus acompañantes, y la confirmación empezó a llegar desde las voces de la Atlacátl, de la tercera brigada, y de otras comandancias del ejército que anunciaban las buenas nuevas para la guerrilla.

—Confirmada la baja del charli Carlos (como identificaban a Monterrosa) y de su pájaro sobre Joatepe.

—También confirmamos la baja del charli del tercero...

—Y el charli del Frente oriental...

—Y los charlis de la primera y cuarta brigadas...

El comandante Maravilla no cabía de júbilo y dijo a pleno pulmón:

—De un solo huevazo nos bajamos a la plana mayor del ejército... A ver si así deja de joder al pueblo este tal por cual Epifanio Noriega, con todo y su ejército gringo...

La fiesta que se armó por la desaparición de la oficialía mayor del ejército se celebró en grande, una vez que Radio Venceremos ratificó oficialmente el éxito del operativo dando a conocer los nombres de los oficiales que murieron en el helicóptero, y que fue la mayor parte de una banda de siniestros personajes que promovieron varias matanzas en las aldeas de todo el país. Los músicos del grupo de Los torogoces no dejaron de tocar en toda la noche y la gente no dejó de bailar en todo el territorio liberado.

Yo regresé exhausto pero feliz al hotel después de haber presenciado el genial operativo y pensando que efectivamente el comandante Maravilla, al igual que los otros dirigentes guerrilleros, no vuelan porque les pesan los zapatos.

Recién entraba por el corredor del *lobby* rumbo al escritorio de la inefable e infaltable Benita, cuando la vi tratando de

transmitirme con su mirada una subida preocupación. Junto a ella dos civiles que muy mal disfrazaban su sospechosismo. En el momento en que me aproximé uno de ellos sacó discretamente su identificación de la Central de Inteligencia Militar (términos siempre yuxtapuestos), sin llamar la atención de los huéspedes del hotel que pululaban por el *lobby*.

—¿Lorenzo Centella? Necesitamos constatar una información sobre sus actividades en el país.

—Acompáñenos, por favor, y no se vaya a olvidar de su mochila —me dijo el otro oficial con fría amabilidad. Con ese mismo tono me dirigí a Benita, según yo actuando como periodista profesional acostumbrado a interrogatorios de rutina, aunque esta vez sentí que se trataba de algo más serio, sobre todo después del espectacular operativo del que había sido testigo en el territorio de la Venceremos. Asegurándome que los dos funcionarios de la inteligencia militar escucharan, me dirigí a la gerente de relaciones públicas del hotel.

—Un favor, Benita, pídele a quien está en el conmutador que estoy esperando una llamada de Derek Jung desde Berlín, el corresponsal de televisión alemana, que te la pase... Por favor infórmale a Derek que voy a acompañar a estos oficiales que quieren platicar conmigo. Me reporto a mi regreso, que por favor esté pendiente.

Traté de adivinar algún gesto en los oficiales cuando mencioné el nombre de una leyenda del periodismo internacional como Derek Jung, pero los dos pusieron cara de póquer con un gesto de inexpresividad mal disimulada.

Me condujeron en un vehículo sin placas hacia la comandancia general del ejército, conservando en todo el trayecto la actitud de fría amabilidad con que me recibieron en el *lobby*. Hicieron un par de comentarios triviales como queriendo congraciarse conmigo, pero no respondí. Pensé que tal vez sí les hubiera calado la mención de Derek Jung después de todo.

En el cuartel de la comandancia fui conducido a lo que parecía una de las oficinas principales que ocupaba el coronel Sócrates Gibson, a quien le había hecho una extensa entrevista un par de semanas antes, que se había difundido en televisión alemana. El coronel Gibson me parecía una persona inteligente y equilibrada, a pesar del cargo como uno de los principales comandos del ejército, y su entrevista había reflejado su carácter ecuánime y mesurado, que no era común hallar en este ambiente.

En cuanto me vio entrar a su oficina se levantó de su silla atrás del escritorio y se adelantó para saludarme entre cordial y preocupado y fue directo al tema que me había llevado hasta ahí.

—Lorenzo Centella, me da gusto verlo aunque sea para informarle que está arrestado por sus actividades en favor de la guerrilla, que no tienen nada que ver con su trabajo periodístico. ¿No es así?

—¿Qué pasó, mi coronel, qué no me conoce? Niego categóricamente esa acusación, me enteré, como todo el cuerpo de la prensa extranjera que se encuentra en el país, del accidente en helicóptero de Domingo Monterrosa si a eso se refiere, y envié una nota a mi corresponsalía en Alemania, pero de ahí a que esté a favor de la guerrilla...

El coronel Gibson paró en seco al periodista Centella.

—Mire, Lorenzo, usted y yo sabemos muy bien de qué pie cojea... es probable que si yo estuviera en su posición cojearía igual, porque en el fondo soy tan romántico como usted. Pero como están las cosas no puedo dejar pasar una acusación tan severa como la que pesa sobre su cabeza.

En ese momento Gibson sacó del cajón de su escritorio un juego de fotos en las que aparecía Lorenzo con Luis Albarrán, con la bella Julia y otros personajes identificados como simpatizantes de las fuerzas guerrilleras. A Lorenzo le llamó la atención que en ninguna de las fotos apareciera el truculento Eusebio, seguramente el autor de las fotos inculpatorias.

—Se le ha visto con desinformadores simpatizantes del movimiento guerrillero. Pero no crea que nos vamos a arriesgar a llenarnos de mala prensa, sobre todo si pudiera venir de Derek Jung. Así que no me queda de otra que conducirlo ante el mismo general Epifanio Noriega, o no tendré más alternativa que entregarlo al batallón Atlacatl que, como puede suponer, anda a tope con sus ganas de vengarse. Así que usted decide, Lorenzo Centella, me acompaña con el general o...

—Con mucho gusto lo acompaño con el general Epifanio Noriega, a quien siempre he querido conocer.





El general Epifanio

Mientras se dirigía al búnker del general Noriega, Lorenzo Centella anticipó, desde los terrenos de la amenaza, una experiencia físicamente desagradable sobre su persona, lo que no le agradaba de ningún modo, así que decidió arriesgarse pensando que podría despertar la curiosidad de Noriega, considerando su fama de ególatra empedernido, usando algo de la extensa investigación que llevaba realizando sobre este enigmático y muy elusivo personaje. Total, si ya había decidido el general deshacerse de él, razonó que tal vez pudiera salvarse mediante una buena dosis de adulación disfrazada de profesionalismo periodístico, siempre y cuando el general le dejara exponer un par de parrafadas, así que en el trayecto fue organizando su discurso, dándole prioridad a los puntos que le parecían esenciales para despertar la vanidad del personaje que está a punto de enfrentar:

—La inspirada cosmovisión de un gobernante fuera de serie que le permitirá llevar a cabo la transformación de su país, en medio de su inocultable subdesarrollo y su rampante corrupción.

—La territorialidad sacralizada, concepción norieguista: Lídice como centro de una región en permanente conflicto y sus ventajas geopolíticas.

—Carácter singular de los lidiceños, exaltada permanentemente por el general, que los hacen tan originales como vanguardistas; sus modos y costumbres.

Lorenzo imagina entrar a un ambiguo territorio. ¿Dónde se borran las fronteras políticas con las de la ciencia ficción?

¿Dónde con la nota roja?

En el momento de llegar frente al búnker, cercano al aeropuerto, ve una fulgurante aeronave que los pretorianos observan con admiración.

Después de un temerario vuelo rasante sobre las olas, la compacta y ultramoderna aeronave se detiene frente a la torre de control.

De la cabina del piloto baja el general como si llegara de una campaña histórica. Se dirige con paso enérgico, extasiado de su propia energía, hacia el control de mando seguido por su séquito personal.

En el momento en que sube al segundo piso alcanza a observar el arribo del periodista Lorenzo Centella acompañado del coronel Gibson y un cuarteto de sus hombres. Mientras se dirige a su guardarropa y se cambia el traje de piloto por un vistoso traje de fatiga, piensa que después de tantos años de silenciosa reflexión habría que ir pensando hacer público su ideario político. Tal vez ya es hora de que el mundo conozca el alcance de su original y muy adelantada visión de estadista.

Mientras espera con rigor castrense la llegada de su comandante, el coronel Sócrates Gibson no pierde de vista a Lorenzo Centella.

—Se le han hecho muchas entrevistas al general, ¿no es así, coronel?

—Desde que lo conozco nunca ha dejado que se le acerque un solo reportero.

—Qué extraño, porque se sabe que el general le tiene especial afecto a la prensa.

Gibson prefiere dejar pasar por alto la ironía, aunque Lorenzo no deja de advertir en él un gesto de complicidad. Advierte que entre la rigidez militar hay un asomo de independencia en ese hombre, una pizca de caos cercano a la anarquía entre el rigor de la disciplina, como si se tratara de un marino dispuesto a sacar su embarcación de las peores borrascas y de perderla un minuto más tarde por un buen canto de sirenas.

La tensión que se transmite entre los pasillos anuncia la inminente aparición del general. Confirma la sensación de estar metido en un panal el ritmo ciego e indiscutible en que se transmiten las órdenes entre estos hombres que no viven para otra cosa que para proteger a quien está a punto de aparecer.

La guardia entera se pone firme.

De un momento a otro el personaje más elusivo de la prensa internacional en los últimos años va a doblar por esa puerta, y por una extraña razón Lorenzo se imagina como el ganador de una extraña suerte si logra cambiar su interrogatorio por una entrevista, y sacarse con ella la rifa del tigre.

Repasa mentalmente y a gran velocidad la secuencia de preguntas que pretenden revelar el andamiaje mental del hombre fuerte de este país: el origen de sus obsesiones, la razón de su fuerza y de su obscura popularidad, los tejidos y aristas de un poder que ha tenido en vilo a todo un país durante más de una década.

¿Quién es el general Noriega? Hasta hoy, solo estos hombres que lo rodean y un puño de allegados lo saben.

Muy pronto, si hay un montón de suerte y todo sale bien, el mundo también lo va a saber.

—¡Aten..... ción!

—Así que usted es Lorenzo Centella. Parece un nombre salido de una novela. Lo reconozco porque alguna vez firmé un salvoconducto para facilitar su trabajo de periodista, aunque no para que se contactara con guerrilleros terroristas, pero le reconozco una cosa: además de contar con un nombre tan divertido debe ser un diablo de reportero para haber llegado hasta aquí, espero que haya sido por su voluntad.

—No tiene idea del gusto que me da conocerlo, general Noriega. En toda mi carrera no me he topado con una personalidad tan original como la suya.

—Me lo puedo imaginar, Centella. La verdad quise conocerlo para ver si le hace honor a su apellido. ¿No se le ha ocurrido que se apellida así para que hoy tuviera este encuentro conmigo?

—Seguramente la historia tiene sus planes ocultos general, y aprovechando este encuentro sin duda histórico, ¿me permitiría hacerle una entrevista? Si está de acuerdo se la enviaré hoy mismo a Derek Jung que, como usted sabe es, además de la cabeza de

corresponsales alemanes, el principal directivo de la Asociación Internacional de Prensa, y quien seguramente tendrá especial interés de difundir sus ideas, general.

A Noriega le sorprende la propuesta de Lorenzo Centella y le agrada su atrevimiento. En un largo segundo la idea de acusarlo de colaborador de la guerrilla y enfilarlo a la tortura es reemplazada por una interesante entrevista. Justo lo que pensaba que está necesitando.

—Asiento, por favor... antes de que acceda a la entrevista quiero que piense en lo siguiente: en la Roma imperial Julio César nunca fue entrevistado, ni por el mismísimo Virgilio. Si eso hubiera ocurrido, seguramente el mundo sería radicalmente distinto de como es, pero si Julio César hubiera sido entrevistado, hubiera ocurrido en un escenario semejante al que nos encontramos.

Lorenzo, entre sorprendido y emocionado por la reacción del general, saca de su mochila una grabadora y una cámara fotográfica.

—Piense en las vueltas que ha tenido que dar el mundo para llegar a este momento, compañero Centella, mientras dispara su grabadora y su aparato de fotorregistro, que es lo único que usted va a poder disparar en Lídice.

—Permítame tomarle dos fotos, general; una de usted frente a mi grabadora, y una selfi conmigo para que no vayan a creer que todo es invento mío.

Entre los *flashes* de las fotos imaginas los titulares de periódicos en todo el mundo publicitando tu entrevista, que se inicia al fin como el duelo afilado que siempre habías imaginado: tú lanzando un par de golpes de exploración y el general respondiendo con un severo contrataque en el que admiras la intuitiva rapidez y agresividad del contrincante, que te hace trastabillar un par de veces antes del asalto final, al que habías planeado llegar con un golpe de dados practicado en la relojería más arriesgada del azar.

En ese cuadrilátero imaginario, sin modestia ni tapujo el general Epifanio Noriega entra al fin a la historia testimonial del periodis-

mo contemporáneo a partir de su tesis crucial en la que entreteje los ejes del mundo conocido desde el centro mismo de Lídice:

Norte
Este — Oeste
Sur

y que conforma el perfecto acimut del cosmos.

—Verá usted, señor Centella, tengo la inmensa fortuna de haber nacido en el seno de la familia más pobre de esta isla. Ocupé a lo largo de mi infancia el centro justo de la miseria. Así, no es sorprendente mi desarrollado instinto de saber dónde se encuentra el preciso meollo de las circunstancias. Si hablamos por ejemplo de situaciones geográficas, mi olfato es insuperable y eso se lo confirmo gracias a la inmejorable posición lidiceña en las cartas geográficas y en las cartas astrales que no son para mí nada distinto a la más pura realidad.

Así va transcurriendo la entrevista, con su duelo de fintas entre dos mañosos gladiadores dando su espectáculo en las Vegas o en el Madison Square Garden, o para el caso en la mismísima arena Coliseo en la que el respetable observa en el borde de sus asientos el tenso pugilato siempre a punto de provocar un inesperado desenlace.

Una vez preparado el terreno, te lanzas a buscar la declaración estrella.

—Por último, general...

Apagas la grabadora para llegar, con un gesto que quiere parecer casual, a los terrenos de la confianza.

—Las metódicas desapariciones de probables líderes lidiceños, y que se han manejado como producto de circunstancias naturales, yo las veo como consecuencia del proyecto político más ambicioso, del más puro Maquiavelo, si usted me lo permite... ¿Cómo explicar, si no es así, que se hayan borrado del mapa político per-

sonalidades tan distantes como sus más cercanos allegados al igual que sus más encarnizados enemigos?

—Es usted insolente, pero se le perdona porque tiene un ojo certero, amigo Centella. Por supuesto no pensará que le voy a revelar secretos que caen bajo el rubro de la seguridad del Estado. Pero le voy a contestar desde la filosofía más alta del poder. Prenda su aparato, que le voy a explicar algo que merece ser grabado. Estoy seguro que le dará usted la redacción exacta para que circule por el mundo la idea de un proyecto en marcha que se puede calificar, por lo menos, de ambicioso. Llevamos un buen rato histórico, yo diría desde el Renacimiento, buscando el espejismo de la modernidad, como si cruzando algún umbral imaginario la humanidad pudiera cambiar cualitativamente gracias a un salto de manual materialista. Como un motor de esta búsqueda tajante por una nueva modernidad, la idea de la revolución se ha vuelto la obsesión inverosímil de los gobiernos de todos los signos. Por mi parte, cada vez confirmo más que debemos llegar al polo opuesto, en otras palabras, a los Orígenes con O mayúscula, a la involución cósmica.

A estas alturas el asombro de Centella debe haber sido notorio.

—Ahora se lo explico. Durante milenios, las criaturas más frágiles de este planeta lograron sobrevivir por su organización tribal, que no es otra cosa que la extensión de un instinto gregario, de una geometría invisible pero perfecta, ¿me comprende? Algo así como el diseño de un fractal dentro de un panal genético; pero a diferencia de obedecer un destino ciego como las abejas, las tribus humanas supieron involucionar hacia el origen del cosmos; podríamos decir que todo iba muy bien hasta que se nos atravesó la peregrina idea de que la razón nos haría libres individualmente. No hay cosa más absurda porque en sí somos absolutamente libres dentro de la exacta simetría de la vida, que se va tejiendo con un diseño inalterable, y que muy pocos hemos logrado admirar y volverlo previsible. Sé que no soy el

único que ha llegado a esta certeza, aunque ignoro cuáles pueden ser los caminos que otros hombres hayan tomado para encontrar esa visión absoluta. Aquí solo puedo hablar de mi propia experiencia que parte, como usted ya sabe, de una infancia profundamente miserable, al grado de no tener otra opción que la de penetrar los misterios más arrinconados de la vida ante el acoso de una injusticia insoportable. En ese sentido, puedo agradecer ahora los años de hambre y de total desamparo que me hicieron un explorador precoz de la fuerza de trabajo y de la sabiduría ancestral de mi pueblo. Puede estar seguro que solamente un dolor acojonante y tenaz, sobrellevado durante años, fue lo que me permitió buscar el doblez del espacio que me permitió contemplar el tiempo en su estado puro. Fue entonces cuando supe qué habría que hacer para sacar a Lídice de la miseria y volver este país un modelo de claridad ante el mundo. Y ese es el proceso en el que andamos ahora. Ni más ni menos que el de la involución institucional. Pero regresemos a los orígenes, mi estimado Centella. Volvamos a la explosión inicial de la materia, cada vez más acreditada por las revistas científicas más acreditadas del mundo contemporáneo. Es esta realidad de gran explosión cósmica, el Big Bang o el Gran Pun como la conocen los bromistas, que se cumple con absoluta precisión en la materia luminosa del tiempo y del espacio, la que he decidido llevar por primera vez en la historia de la humanidad al plano político. Por eso es imprescindible que usted escriba el mejor texto de su vida, y mi labor es encargarme de que eso se haga. ¿Cuánto tiempo le tomará transcribir mi entrevista y darle su redacción definitiva?

—Creo que unas cinco horas, general.

—Bien. Para no quedarnos cortos, quiero que sea usted mi huésped durante los próximos dos días en los que a usted no le faltará nada. Ahorita mismo doy las órdenes para que le preparen la habitación más cómoda junto a mi piscina particular.

—Pero, general...

—No me lo agradezca, Lorenzo Centella, estoy consciente de que la transformación de la Historia merece un poco de confort, ¿no le parece?

La desbordada locura del general Epifanio Noriega se materializa en un par de segundos cuando el coronel Gibson y su guardia personal te conducen por un pasillo hacia una cómoda recámara en la que tendrás que ponerte a trabajar desde un sequestro que recuerda el más puro estilo González Bocanegra.¹



1. Francisco González Bocanegra, poeta mexicano (1824-1861) a quien se le encargó la letra del himno nacional de ese país. Como no se le ocurría nada decente, los Padres de la Patria tuvieron que encerrarlo hasta que pudiera escribir más de una estrofa heroica. Los resultados están a la vista o al oído, siempre y cuando se lea o escuche el himno de referencia. Hasta la fecha la composición conserva una singular sonoridad patriótica, sobre todo en uno de sus versos («Mas si osare un extraño enemigo») que ha dado nombre a más de un mexicano de nombre Masiosare, de bélico acento.



Secuestro en el Zaperoco

El coronel Gibson hace una breve inspección de la habitación y cede el paso a Juanerjes, el secretario de Benita Galeana, la gerente de relaciones públicas del hotel Rancho Grande, quien llega con las maletas de Lorenzo Centella y su computadora personal.

—Aquí le dejo a su asistente personal, a quien trajimos del hotel Rancho Grande para que lo atienda en todo momento mientras escribe el artículo del general, cortesía del ejército lidiceño.

—¿Cómo es que llegaron hasta aquí mis cosas, Juanerjes?

—Cómo va a ser, don Lorenzo, estos amables caballeros me acompañaron para que se las trajera, creo además que no va a necesitar preocuparse por pagar sus deudas en el hotel y en el bar Sanzibar.

El coronel Gibson se adelanta dirigiéndole una mirada entre cáustica y amistosa a Juanerjes.

—Es otra cortesía del general con usted, y no se preocupe por sus recados. Ya nos encargamos de que cualquier comunicación que reciban para usted en el hotel, la pasen a nuestro conmutador.

—Lo mejor es que yo también me quedo para acompañarlo en el Zaperoco para lo que necesite, don Centella. ¿No es así, capitán? ¿Qué habrá sido eso del Zaperoco?

Por la mirada de Juanerjes infieres que su ofrecimiento no es precisamente voluntario. Abren la puerta de tu habitación y entras al mundo del control absoluto.

—Para evitar la rigidez militar en su servicio, Juanerjes aceptó amablemente estar cerca de usted por si necesita cualquier cosa, señor Lorenzo Centella.

—Dele las gracias nuevamente al general por tantas atenciones, coronel.

—Espero que aquí, en el Zaperoco, como le gusta llamar al general a este cuartel, se encuentre a gusto.

Mientras acomodas tu grabadora, tu ordenador portátil, tus apuntes, tus ideas, piensas en lo que puede significar la publicación de la entrevista en este momento, en este mundo. Inicias un primer asalto informal a la pantalla en blanco.

¿Cómo aprovechar el oro molido con que te acaba de inundar el general?

¿Cómo editar este discurso inverosímil para una publicación textual y sonora al mismo tiempo?

Escuchas la grabación y empiezas a pergeñar algunas ideas que se empiezan a imprimir en el papel casi como no queriendo.

Durante décadas el mundo ha estado impedido de penetrar en un misterioso aislamiento, en este territorio prácticamente inexplorado que conocemos como Lidice. Sin embargo, el general Epifanio Noriega ha decidido por primera vez abrir el obstinado cerco informativo que hasta hace una hora rodeaba a su persona, y ahora este país abre su cortina secreta para dejar entrar a esta corresponsalía.

Lo primero que llama la atención en este territorio ajeno al desarrollo del resto del continente, del resto del planeta, es el maridaje de las potencias más oscuras de la cultura tribal con el más descabellado modernismo.

Podrían ustedes preguntar: ¿neoliberalismo rabioso?, ¿marxismo mistificado?, ¿capitalismo zen? Nada de eso: se trata ni más ni menos de la involución institucional. Pero dejemos que nos explique esta novedosa visión política su creador, el mismo general Epifanio Noriega...

Estás a punto de entrar al meollo del asunto cuando el misterioso Juanerjes, con mímica exagerada pero efectiva te va indicando cautela y atención de oído, y al mismo tiempo te urge a que escuches el bisbiseo que se filtra a espaldas del refrigerador. Con todo el sigilo del caso te

acercas a Juanerjes trepado en el ventiladero del aire acondicionado adonde llega la inconfundible voz del mismísimo general Epifanio Noriega, tan emocionado que ya lo habíamos dejado con su idea de la involución, y tan emocionado que lo encontramos ahora con Sócrates Gibson comentándole su entrevista contigo entre los sorbos de unos estupendos daiquirís, seguramente no tan buenos como los de tu amigo Sergei, el barman del Sanzibar, cuya evocación te remonta a una nostalgia inmediata y ya casi urgente por la conversación del poder medular de Lídice.

—No hay por qué dudar de la capacidad del tal Lorenzo Centella, mi estimado Sócrates. Por lo que me pude dar cuenta no es ningún improvisado; de todos modos, y para no correr riesgos, le di hasta mañana para que termine de trabajar mi entrevista como Dios manda.

—O sea, como usted manda, mi general.

Volteas a ver a Juanerjes con la incredulidad propia de lo que acabas de escuchar.

—No creo que se trate de un tipo que ignore el riesgo de hacer mal las cosas estando como mi huésped.

—Lo importante es que esté usted completamente seguro de que ya quiere dar a conocer al mundo su concepción sobre el poder y sobre la involución. Espero que no haya en las ideas que le expresó al tal Centella ninguna posibilidad de que nuestros socios se sientan ofendidos.

—No tienen por qué sentirse ofendidos; y si se ofenden, pues que se jodan. No voy a abstenerme ya de que se sepa fuera de Lídice lo que pienso, aunque afecte nuestras negociaciones internacionales para la creación de una nueva moneda mundial.

—De todos modos ¿no quiere que le eche una vistadita al escrito antes de que se publique, general?

—Ya lo verás a su tiempo, Gibson; de todos modos hay que tener controlado a nuestro periodista para que no se le ocurra dar un mal paso.

El diálogo se suspende. Imaginas al general que se incorpora para servirse un nuevo daiquirí. Se oyen pasos en el corredor y en un solo movimiento, Juanerjes corre la ventila de ventilación y baja ágilmente del refrigerador, mientras tú regresas hasta la pantalla brillante de la computadora, en la que habrás de contener y ordenar la estampida de las ideas del general sobre el tema central de su gobierno.

El coronel Gibson entra justo trayendo un altero de revistas de las más heterogéneas publicaciones científicas que se editan en el mundo.

—Aquí le traigo material de retroalimentación científica que le manda el general Noriega, señor Centella, por si de repente se le atorran las musas.

Hojeas rápidamente las revistas y te topas con varios artículos subrayados ¿por el mismo general? relacionados con teorías cuánticas del origen del universo y del Big Bang. De pronto intuyes por dónde puede caminar la megalomanía de Epifanio Noriega.

Juanerjes prende el televisor y emerge de la pantalla una retahíla de elogios al general y enseguida el noticiero, dedicado este día a la actualización científica de los lidiceños.

¿Por qué tanto interés por la ciencia entre el atraso proverbial de Lídice? Prosigues tu artículo. Decides ser fiel a la científica demencia que se respira alrededor.

Al ir pergeñando las ideas del general Noriega para escribir el artículo, que bien podría volverse histórico, decides arriesgarte y lanzarte a fondo en una redacción alucinada, tan alucinada por lo menos como las mismísimas ideas pascasianas.

El general Epifanio Noriega nos enseña, por la magnitud de sus obras y de su pensamiento, que la República de Lídice es el mejor ejemplo planetario de los últimos hallazgos de la física cuántica; su realidad no está separada del resto del mundo como habíamos creído. En entrevista exclusiva el general nos enseña que el

resto del mundo no es algo que permanece ocioso allá afuera. Por el contrario, es un brillante campo de continua creación, transformación y aniquilamiento. El estudio de la relatividad entre Lidice y el resto del planeta puede producir la notable experiencia de que espacio y tiempo se conviertan solamente en construcciones mentales, pendientes de este centro gravitatorio universal que se denomina Lidice.

A veces los lidiceños se convierten en la propia realidad; a veces es la realidad la que se transforma en ellos.

Este es el mensaje del general: no confundir la danza del universo con los danzantes.

Noriega nos dice que, desde la perspectiva de la involución, no es posible observar la realidad sin cambiarla.

Toda vida, fuera o dentro de Lidice, es en términos prácticos una tendencia a existir, una tendencia a ocurrir.

La conciencia de cada habitante de Lidice podría estar asociada a todos los procesos de vida del planeta, tomando en cuenta que el universo está habitado por un número casi ilimitado de entidades discretas y conscientes, no necesariamente pensantes, que son responsables del trabajo detallado del cosmos.

Nosotros —el resto de los habitantes del planeta fuera de Lidice— somos correlaciones que no existirían si los lidiceños no estuvieran aquí.

Teoría de la Medida del general: Lidice da realidad al universo.

La «Interpretación de los mundos múltiples» nos dice que vivimos simultáneamente en varios mundos, todos reales e incontables; pero el esencial es el que parte de Lidice, eje central de la brújula integral de la vida.

La declaración axial de la lógica lidiceña es que la naturaleza está gobernada por el azar. El triángulo de oro formado por la ciencia, el arte y la política le dan el orden del futuro al universo. La inversión de los términos en las ecuaciones del general es un recurso recurrente. Es en esta concepción donde el Gran Pun (el Big Bang de los sajones) todo lo trastoca. Por ejemplo, en este nuevo

orden Picasso bien puede ser un geólogo del modus vivendi de todo aquel que aspira a ser retratado en el cubismo.

Si hay una substancia constitutiva de Lidice es la energía pura, porque los lidiceños no están hechos de energía, sino que son energía.

La involución es una revolución que gana tiempo y momento porque gira hacia atrás.

El conjunto de los sucesos que constituye una involución existe antes que el conocimiento que se tiene de ellos.

En la involución institucional el tiempo discurre en la dirección de las probabilidades mayores, que es en la dirección de la entropía creciente.

La irreversibilidad del tiempo es un artilugio del proceso de medición, excepto en la realidad de la involución.

En la involución institucional cada momento del espacio tiene infinita energía.

En términos políticos, estos principios científicos son aplicados por el general Epifanio Noriega para guiar a su pueblo hacia una concepción de progreso que no cesa de encontrarle nuevas aristas a su dinámica. Muy pronto —fueron las últimas palabras del general en la entrevista— estaremos en condiciones de administrar el excedente de recursos materiales, humanos y mentales de que hemos venido haciendo acopio durante los últimos diez años.





Campo Marte

— Buenas, don Lorenzo... No se embeba tanto, porque parece que, si usted no se apura con lo que le tiene que entregar al general, nuestra visita puede que vaya para rato...

—No te preocupes, Juanerjes, mi artículo está casi terminado y acabo de repasar la versión para el visto bueno del mismo general Noriega. Estaba recordando el hilo de todo su discurso durante mi entrevista con él, creo que en toda mi carrera no he encontrado un ejemplo de tanta claridad.

El gesto de intriga en la cara de Juanerjes se contiene cuando advierte tu seña que revela un micrófono oculto discretamente entre las fauces del lagarto disecado que adorna la mesa de centro, y que apareció misteriosamente durante la noche.

—Así que es cosa ya de darle nada más unos últimos retoques para que el texto reproduzca fielmente el orden absoluto del pensamiento del general. Espera a que esto se oiga y se publique y el mundo conocerá la transparencia de una perspectiva científica que raya en lo irrefutable.

Pones el punto final a tu texto sin ninguna certeza de que saldrá bien librado de la censura oficial. No queda otra más que ver sus resultados.

Acomodas las veintiocho páginas cuartillas que escribiste sin descanso durante las últimas horas. No es, seguramente, lo mejor de tu prosa, aunque dadas las circunstancias sí puedes describir tu texto como lo mejor de tu prisa.

Con fruición el general Noriega devora limpiamente una toronja mientras escucha en su sistema de sonido particular el juicio del periodista que parece haberlo comprendido. No se había equivocado: al fin el mundo empezará a conocer los horizontes

de un pensamiento que le dará un equilibrio definitivo a este planeta.

El general suspende, satisfecho, su monitoreo. Termina de limpiar uno a uno los gajos de la fruta y al final la exprime sobre el plato cóncavo que la contiene y bebe el jugo que le produce una sensación similar cada mañana: una sensación que identifica con el sentido de la pureza que impregna su lucha, un desafío brutal por inventar un nuevo mundo que ni siquiera los más fieles de sus hombres han terminado de comprender del todo. En un parpadeo pasa revista mentalmente a su guardia personal, a los más cercanos a su destino. Piensa en el coronel Sócrates Gibson, recuerda con nostalgia a Domingo Monterrosa, repasa mentalmente a los integrantes de su guardia pretoriana con afecto; piensa en todos y cada uno de los lidiceños a los que visualiza como la progenie del gran padre en que se ha convertido él mismo, y cuya infinita atención a sus hijos le han ganado la reputación de que nada se mueve en territorio lidiceño sin su conocimiento. Mientras bebe su café mañanero repasa su propia infancia en el barrio de la Lumbrera. La muerte de su hermano mayor por la miseria, la enfermedad más común del país en esos años. Recuerda sus enseñanzas, sus palabras alucinadas que lo lanzaron desde niño en búsqueda de la única razón sin concesiones: la exultante claridad que ahora identifica en el chorro diamantino del jugo de toronja; piensa en su gobierno desde donde le ha declarado la guerra a todo lo que pretenda manchar la exacerbada integridad de cada lidiceño.

Mientras eso ocurre, Juanerjes observa en la explanada del Campo Marte los ejercicios militares de la guardia personal del general. Desde su mirada, los seleccionados para formar este batallón de élite alcanzan cada uno dos metros de agilidad felina, aunque midan en realidad cerca de treinta centímetros menos cuando se encuentran en reposo. Recuerda sus clases de primaria donde la reflexión central durante años era «todo es relativo»

y ciertamente aquí, en la guarida principal del tigre lidiceño, la frase adquiere en verdad todo su sentido.

Al frente de la guardia personal del general, el coronel Sócrates Gibson dirige como todas las mañanas la rutina de ejercicios sacados de la filosofía oriental. Las más antiguas tradiciones del arte milenario de la guerra recogidas en los manuales de Sun Tzu se combinan en los ejercicios de los jaguares lidiceños con reflexiones esencialistas inspiradas en Li Po:

Una gota de lluvia viaja más lejos que una vara seca.

Te atrae la mirada asombrada de Juanerjes recorriendo una precisa coreografía que a la distancia sufre amnesia de la mecánica militar. Se trata de una especie de capoeira antillana, danza ritual donde se guarda el armonioso vértigo de una catarata que en medio de su turbulencia escenifica una muralla china sobre la que se celebra una épica batalla.

El general Epifanio Noriega camina en dirección a su biblioteca cuando se encuentra a Lorenzo y a Juanerjes disfrutando del espectáculo matutino.

—Impresionante ¿no es así, señor Centella?

—Como todo lo que se mueve por estas latitudes, general. Ya terminé el texto, espero que se lo haya llevado el coronel Gibson.

—Aquí todos somos tempraneros y veo con gusto que usted tampoco desperdicia el amanecer, el mejor momento para poner en orden el universo entero. Aquí mismo traigo su artículo para echarle una lente mientras usted disfruta la mañana entre mis hombres. Ya hablaremos más tarde en cuanto termine mi lectura. Estoy seguro que habrá recogido con fidelidad la corriente de mi pensamiento, mi recorrido espiritual, la envergadura de mi teoría.

En el camino a su biblioteca el general pasa frente a su guardia personal, que termina su entrenamiento matinal bajo la di-

rección del coronel Gibson en el momento justo en que cae sobre el Campo Marte la primera luz del día.

—¡Descaaan... so! Después de estos ejercicios, en los que no hay que dejar de poner un cuidado redoblado, vamos ahora a adentrarnos en la teoría. Vayan pensando pues en la siguiente frase para que la lleven a la biblioteca tan digerida como el desayuno: «todo lo que resiste, apoya». No crean que se trata de una teoría física únicamente, abarca sobre todo el terreno de la contrainsurgencia política. ¡Rompaan fiilas!

Perfectamente disciplinados y coordinados, la guardia de élite se desparrama en un solo movimiento por el Campo Marte, como una misma ola azulverde que revienta. El único que camina en dirección distinta de los demás y que se dirige precisamente a tu puesto de observación es el coronel Gibson.

Como todas las mañanas, después del desayuno, el general se sienta frente a un cuaderno interminable, de páginas negras, en el que escribe con tinta de plata sus descubrimientos cotidianos, sus sueños y fantasmas, frases que llegan de la profunda voz de la tierra al fiel receptor de su cerebro. Frases que más de una vez se han vuelto la guía de su pueblo, el inspirado discurso que traza el destino de millones de lidiceños pendientes de la palabra morocha del general, que diariamente blande su pluma sin dilación hacia la bitácora de Lídice. Su muy soberana y personal versión de la *Odisea*.

Aunque esta mañana prefiere la lectura de un documento que lo regocija y que empieza a leer en voz alta:

Todo esto es pues lo que se define como la involución que ha hecho de Lídice, créanlo o no los severos críticos internacionales del general Noriega, un país único en el continente en el que, si bien es cierto que no se ha erradicado de tajo la pobreza, esta sobrevive apenas en un último resquicio donde la mentalidad científica del general y la tecnología lidiceña están a punto de hacerla desaparecer.

Exploramos así un nuevo territorio que se deja contemplar por vez primera desde los conceptos del mismo general Epifanio Noriega, en esta primera entrevista concedida desde que asumió el poder de la isla hace diez años, a un corresponsal extranjero...





Zigurat

Lorenzo termina su taza de café en compañía del coronel Gibson y de Juanerjes, mientras espera el veredicto del general sobre su texto. Hay algo del oficial Gibson que desconcierta a Lorenzo y al mismo tiempo le da cierta confianza. Se trata de una sensación de mutua simpatía que se empezó a labrar desde que le hiciera su entrevista para la prensa alemana, aunque Lorenzo no acaba de entender cómo puede tener esa sensación del hombre más cercano a un dictador tan lunático como Epifanio Noriega. Sus reflexiones quedan interrumpidas cuando llega un mensaje del mismo general para que Lorenzo y Gibson se reúnan con él en el Zigurat, como le gusta llamar Noriega a su biblioteca. Juanerjes aprovecha a pedirle permiso a Gibson a ir al hotel a reportarse con Benita Galeana para regresar más tarde.

Gibson conduce a Lorenzo Centella con su fría amabilidad a una construcción neobabilónica que contiene la biblioteca de Epifanio Noriega. Ascienden una prolongada escalera de caracol frente a estantes con cientos de volúmenes con los temas más disímiles, que Lorenzo alcanza apenas a leer: campos gravitacionales, dimensiones del universo, teorías cuánticas se mezclan con Zoroastro, el Talmud hebreo, manuales de zen budismo, coctelería para las grandes ocasiones...

Frente a una mesa llena de libros, revistas y manuales, el general Noriega los recibe con las veintiocho páginas del texto de Centella en la mano.

—Mis ideas están mejor descritas en su texto de lo que yo me imaginaba, Lorenzo Centella; es un trabajo bastante decente.

—Qué bueno que le haya complacido, general.

—Sin embargo, le falta un mayor énfasis en la médula de mi concepción política. Hay que hincarle mejor el diente a la idea

de la involución institucional como eje toral de mi pensamiento y de mi acción política.

—Tiene razón, general Noriega. Si me permite, se me ocurre enviarle este texto a Derek Jung como si se tratara de una primera parte de la entrevista; si está de acuerdo me ocupo de inmediato en redactar la segunda parte dedicada básicamente a la idea genial de la involución, para su revisión.

—Es posible que así su teoría quedaría mucho más clara, general —interviene Sócrates Gibson.

—No es mala idea. Pues entonces, manos a la obra. A ver, coronel, acompañe nuevamente a nuestro periodista al búnker donde lo hospedamos para que se comuniqué con Derek Jung, y nuevamente asegúrese que tenga todas las facilidades, mientras me ocupo de la implementación de la involución en todo Centroamérica, para empezar. ¿Sigue ahí el tal Juanerjes para atenderlo?

—Fue con una unidad nuestra al Rancho Grande para revisar detalles de su trabajo en el hotel, pero ahora me comunico para que lo regresen.

En el camino de vuelta hacia su habitación, Lorenzo ve llegar a las instalaciones del Campo Marte a un reducido y selecto grupo de mujeres, avanzando con entusiasmo hacia el cuartel de la guardia personal de Noriega, con planillas de pequeñas calcomanías con el símbolo de la Cruz Roja. Le llama la atención una ejecutiva vestida elegantemente y con gafas de intelectual que recuerda haber visto anteriormente.

Gibson parece notar igualmente a la elegante mujer y llama a un sargento de su guardia para que se dirija hacia ella, mientras las mujeres le colocan a los oficiales las pegatinas cruzadas en sus uniformes. Los oficiales parecen agradecer la acción, sobre todo si el donativo ha salido seguramente de las arcas del ejército y ellos no tienen otra cosa que aportar más que su uniforme y su porte pleno en gallardía, frente a las damas voluntarias que reparten las cruces de pegote como si fueran medallas de honor.

—Espérese un momento, Lorenzo, que tengo que tratar un asunto muy serio con usted y con la dama que se aproxima.

En ese momento Lorenzo reconoce a la voluntaria como la mismísima Julia, y le entra el temor de que el coronel Sócrates Gibson la haya reconocido también y que se vaya a armar un lío gordo. El oficial de la guardia deja con ellos a Julia y se aleja con energía marcial. Lorenzo ve con sorpresa un gesto de mutuo reconocimiento entre Julia y Gibson, que se adelanta para conducirlos en dirección de la enfermería del Zaperoco. Gibson abre la puerta del lugar e invita a entrar a sus acompañantes. Julia le dirige una mirada de complicidad a Lorenzo, quien escucha a Gibson pedirle al médico de guardia y a su enfermera que se retiren de ahí. ¿Será un preparativo para la tortura? La frase del coronel Sócrates Gibson le aleja ese temor y lo mete de lleno a otra película.

—Rápido, compañera. Póngase el uniforme y usted, Lorenzo, colóquese esa bata encima por favor. Ya luego le explicamos.





Colaboracionismo

Sin pensarlo dos veces, Julia se mete a un consultorio del que sale transformada en una enfermera profesional, mientras Centella se coloca sobre su chompa la bata del médico. Con el mismo vértigo en que han venido sucediendo estas acciones, Gibson los saca a la calle por una puerta de la enfermería al costado del Zaperoco adonde llega en ese momento una ambulancia conducida por Juanerjes vestido apropiadamente como chofer sanitario de la ambulancia, que se pone rápidamente de acuerdo con Gibson sobre un asunto que no alcanzan a escuchar Lorenzo ni Julia y arranca a toda velocidad con la sirena aullando a los cuatro vientos. Gibson se despide con un saludo militar y con un guiño hacia Lorenzo, a quien le queda cada vez más claro que no todo es como parece, porque a fin de cuentas las apariencias engañan.

La ambulancia pasa con todo y su sirena a un costado del Rancho Grande y se dirige hacia las montañas. Julia observa divertida a Lorenzo Centella y Juanerjes conduce con gesto cínico y con gran concentración entre el tráfico que se empieza a adelgazar entre más se alejan de la ciudad.

—¿Me puedes explicar lo que acaba de pasar?

—¡Ay, Lorenzo!, a estas alturas ya deberías estar acostumbrado a las vueltas de tuerca de la realidad. Muy pronto te va a caer el veinte en cuanto lleguemos al cruce, que ya se asoma en esa loma.

La ambulancia se detiene frente a una numerosa tropa guerrillera, comandada por el mero comandante Maravilla. Julia baja rápidamente de la ambulancia y se pierde entre el mar de uniformes de fatiga. Un destacamento desciende por las laderas hacia la ciudad dirigido por Jonás mientras otro grupo, no menos numeroso, escucha las órdenes de la comandante María para organizar un campa-

mento en la retaguardia. Al parecer la guerrilla ha decidido tomar por asalto la ciudad, y conociendo la determinación de sus comandantes, la historia ya está echada a andar. Lorenzo se ve inundado por una actividad frenética y entusiasta, como si se tratara de un complejo mecanismo de relojería en el que cada mujer y cada hombre cumple con su tarea específica, con una disciplina tan puntual como consciente de la gravedad del momento. Entre el nutrido ajetreo Lorenzo piensa que la convicción con que las fuerzas guerrilleras preparan el asalto a la ciudad es el factor que marca la diferencia entre la guerrilla y el ejército del gobierno. Por más que este último esté apoyado por una gran potencia extranjera carece de la convicción ligada a un claro concepto de justicia que impulsa a la fuerza guerrillera, y precisamente por eso el ejército oficial está condenado a la derrota, que llegará sin ninguna duda tarde o temprano. Las fulgurantes cavilaciones de Lorenzo son súbitamente interrumpidas por otra sorprendente interrupción de Juanerjes.

—Lorenzo Centella, está usted arrestado por colaboracionista con el régimen del general Epifanio Noriega.

Sin permitirle hablar, un par de hombres a las órdenes de Juanerjes empiezan a llevarse a Lorenzo hacia lo alto de la colina, cuando aparecen Julia con el Maravilla y detienen en seco a Juanerjes. El Mara se dirige con autoridad a Juanerjes.

—Un momento, sargento. Vamos por partes. Antes de acusar a nadie por colaboracionismo informe en qué quedó con Sócrates Gibson. ¿Va a apoyar la filtración en el Zaperoco?

—Afirma, comandante —Juanerjes se le cuadra al Mara—, el coronel Sócrates Gibson es decididamente de los nuestros y nos va a ayudar a echarle el guante a Noriega. En este operativo se está portando al cien.

—Bien, sargento, prosiga entonces con el procedimiento del colaboracionismo porque seguramente Noriega andará también tras los huesos del ciudadano Lorenzo Centella por colaboracionista con la guerrilla.

Antes de alejarse para seguir organizando el asalto, el comandante Maravilla se aproxima a Lorenzo.

—No te preocupes, Lorenzo, aquí la justicia es respetuosa y si fuera el caso se te hará un juicio como es debido, aunque como están las cosas no es tan expedita como quisiéramos. Trataremos de verte de nuevo antes de tu fusilamiento. Ahora perdóname, pero tenemos que ir a ganar una guerra.

Lorenzo busca con desamparo el apoyo de Julia, de la que solo recibe una mirada de complicidad y de profunda compasión mientras la gacela apiñonada se retira como garbanzo en silbato junto al Mara. Lorenzo piensa que todo es todavía más relativo de lo que parece, mientras Juanerjes y sus hombres lo conducen hacia lo alto de la colina y lo encierran en una celda improvisada junto a otros dos posibles colaboracionistas.

A lo largo de la noche los tres prisioneros son testigos del inicio de los combates para la toma de la ciudad, y del espectáculo de explosiones que podría ser parte de una feria si no se tratara de una guerra en toda regla.

Cerca del amanecer, Lorenzo Centella, agotado por el ajetreo del día anterior, se duerme sobre un reducido catre de campaña.

—¿Qué pasó, compañero? ¿Son acaso tan dormilones los corresponsales que no se dan cuenta del momento histórico que estamos viviendo?

La conocida voz llega hasta el catre como un balde de agua fría, que contribuye a que Lorenzo se vaya desprendiendo del sueño y abra los ojos para encontrarse con su compañero de prepa Edmundo equipado con su uniforme de campaña, quien lo ayuda a incorporarse en la celda improvisada.

—¿Qué pasó con los prisioneros que estaban anoche conmigo?

—Seguramente los estarán fusilando a esta hora después del juicio sumario de anoche. Me enteré casualmente de que tú la librate por un pelito y vine a sacarte de la cárcel y, si tenemos suerte, de la guerra.

El atropellado camino hacia la ciudad estaba marcado por senderos de monte cercados por el alambre de púas de la Radio Venceremos. Los combates estaban en pausa, pero se podrían reanudar en cualquier momento, así que no había tiempo que perder. Aunque a Lorenzo le hubiera gustado hablar un buen rato con su compañero de la prepa, comprendió que el agua no estaba para bollos y se despidió de Edmundo con rapidez y gran afecto, cuando lo recogió un *jeep* militar que se echó a andar de inmediato con rumbo desconocido.

El vehículo era conducido, ni más ni menos que por Sócrates Gibson, que venía acompañado por un guerrillero embozado como copiloto. Ambos viajaban en completo silencio y concentración entre calles bloqueadas por restos de chatarra humeantes, así que Lorenzo, en el asiento trasero, acalló su deseo de hablar, de preguntar un cúmulo de cuestiones que se acumulaban entre pecho y espalda, mientras cabeceaba ostensiblemente entre las apretadas maniobras de Gibson.

Así continuó el viaje que podría haber sido a los mismos infiernos por la cantidad de escombros y restos en llamas que encontraron en el trayecto hasta que se detuvieron frente a la mole modernista del aeropuerto recientemente inaugurado, y que llevaba el nombre previsible de Epifanio Noriega.

En cuanto se detuvo el *jeep*, Lorenzo pudo al fin recuperar el aliento, pero por escasos segundos. Al salir del vehículo el supuesto copiloto de Gibson se descubrió para dejar salir el bello rostro de Julia. Junto a ella el comandante Maravilla lo abraza, para conducirlo con prisa hacia una de las pistas del aeropuerto. Ahí lo espera Luis Albarrán junto al cantinero Santos Pescador, apenas recuperado de su operación de apendicitis, como si se tratara de un comité de despedida que acaban de integrar los comandantes Jonás y María, el Mara, la hermosa Julia y el coronel Sócrates Gibson. Alrededor de ese reducido grupo ocurre una febril actividad en la que las fuerzas guerrilleras ocupan posiciones y colocan armamento de alto cali-

bre en espera del ataque que no tardará en llegar por las fuerzas terrestres del ejército oficial, una vez que los rebeldes destruyeran la flamante flotilla aérea que el imperio le había regalado al ejército norieguista.

—Despídete de una vez de nuestra fuerza —le espetó el Mara—, porque este puede ser el último vuelo que salga de aquí en mucho tiempo.

Todavía anonadado por el vértigo de los acontecimientos, Lorenzo fue dando un rápido abrazo a los ahí reunidos. Al final la bella Julia le dio, además del abrazo y un beso lleno de ternura, su mochila con su computadora.

—Adentro va su pasaporte, compañero, cuando nos veamos otra vez este país será nuevamente un territorio libre de América. Y ahora vuélele, que este avión está a punto de despegar.

Lorenzo encuentra precipitadamente un asiento entre las primeras filas. Cuando el avión acaba de despegar empieza un bombardeo tenaz del que el vuelo se aleja rápidamente. En cuanto gana suficiente altura y el aparato se estabilizó, el corresponsal busca su computadora y su pasaporte. Encuentra todo en orden, pero en cuanto abre su pasaporte se topa con su fotografía y el nombre de Baldomero Victoria escrito en la titularidad del documento.

En ese momento Luis Albarrán se sienta junto a él.

—¿Cómo ves, Baldomero? Ahora resulta que la comandancia nos designó como parte de la delegación negociadora para los acuerdos de paz, que después del ataque a la capital no les va a quedar de otra a los cuilios que negociar para detener las hostilidades. Ya ves que sí se cumple el dicho muy conocido por aquí: «nadie se va a morir si nadie va a salir vivo».





Aterrizaje

Asciende la tierra. Se inventa entre blancos jirones. Revela súbita sus costras, su caserío, el reflejo deslumbrante del mar.

Suben vertiginosos los caminos, las vidrieras de los edificios, el enjambre de techos y barriadas, los cuarteles, la pista severamente custodiada por cañones antiaéreos y por hélices y alas de combate.

El aterrizaje se te confunde con el precipitadísimo despegue en el inicio de esta historia. No te queda de otra que adentrarte en el nuevo escenario de donde has sido desterrado. Bajas por la escalerilla. Sientes entrar al espacio que propone tu nombre, Baldomero Victoria.

Sientes más ligera la maleta, la respiración más fácil, el sudor más pronto.

Te pide el pasaporte una rubia de ojos orientales. Allá afuera se adivina el tumulto. El resto del equipaje, afortunadamente completo, aparece por una banda torpemente móvil.

Un inspector exhibe su desnudez de autoridad enfundado en el uniforme policíaco. Otra vez el pasaporte, las declaraciones monetarias, el cambio a nominaciones fantasmagóricas.

Miras hacia las calles llenas de calor y viento, de música y miedo. Frente a ti una hermosa profesional completa displicente los trámites aduanales y te lanza a la calle vociferante.

Sientes la fatiga por el viaje prolongado, las noches sin dormir, la tensión y las marchas forzadas de los últimos días.

Durante el trayecto a tu destino sueltas el cuerpo y sientes paralelamente soltar amarras.

En media hora estarás en tu departamento para dormir un poco, sin caer todavía en la tentación de la noche pegajosa.

Mañana ya habrá tiempo de empezar a recomponer el rompecabezas que no acabas de entender, armar la telaraña, a recorrer la geografía incierta.

Agotado, con la luz del cuarto prendida, vislumbrando el mar entre el cortinaje, apenas se deja oír la explosión de la media noche y sus enjambres luminosos cuando llega el otro mundo de un sueño espeso, acalorado: en el que tu cuerpo trata de reconstruir cómo llegaste hasta aquí, cómo y quiénes te devolvieron tus credenciales, tus tarjetas, tu pasaporte mientras te acomodaban en un asiento de primera clase en el que tu memoria reconstruye tus inútiles preguntas sobre tus amigos ausentes, tus amores presentes como sombras, como fantasmas, y donde a tus preguntas se interponen las imágenes borrosas de un mundo perpetuamente invadido por interminables necesidades en las que te sumerges como en una plena francachela en el bar de la Sirena, adonde están a punto de operar del apéndice al pobre cantinero que se aguanta el dolor a duras penas bajo las bocinas de la cantina donde José Alfredo Jiménez canta pertinaz «la vida no vale nada».

Antes de quedarte irremediabilmente dormido recuerdas que, a la salida del aeropuerto, justo cuando empieza a rodar la aeronave, alcanzas a ver a Julia que se quita la boina guerrillera elegantemente y te manda inconfundiblemente un beso, justo ahora cuando sueltas tu cuerpo y comienzas a navegar por los oleajes de este sueño, en el que escuchas los acordes lejanos de un son que te suena conocido:

La sirena de la mar es una joven doncella
cuando se pone a cantar se vuelve cada vez más bella
quién pudiera estar con ella y poderla idolatrar

Las notas del son se ven súbitamente interrumpidas por el insistente timbre del teléfono. Contesto más dormido que despierto.

—¿Aló? ¿Derek, Derek Jung? Sí, ya llegué. Luego te cuento. ¿Una nueva misión? ¿A dónde esta vez? Bueno, bueno. Mañana te hablo para que me expliques. Gracias. Nos vemos...

Convencido de haber recuperado por ahora mi verdadera identidad como Baldomero Victoria, cuelgo el aparato telefónico y me echo a dormir profundamente, con la seria decisión de ya no despertar por un buen rato mientras me topo con Edmundo Guerra, con Jonás, con María, con el comandante Maravilla, con la imprescindible Benita, con la bella Julia y con Lorenzo Centella, que me llevarán a las páginas de otra novela, acaso más aventurada.

FIN

Índice

El canto de los dones	7
El delantal de Julia	15
De la Sirena al Partenón	21
La Ley del Talón	27
El Tocayo	31
Salón Imperio	37
El Mara	45
El voladito	51
Mingo Monterrosa	55
Operación Pegaso	59
El general Epifanio	65
Secuestro en el Zaperoco	73
Campo Marte	79
Zigurat	85
Colaboracionismo	89
Aterrizaje	95



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bepalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Ramiro Chávez Gochicoa
Secretario de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura





Centella, de José Manuel Pintado de Wit, se terminó de imprimir el 10 de diciembre de 2020, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., calle Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo, EB Garamond y Roboto. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.

